

CIENCIA FICCIÓN
clark carrados
TAMBIÉN "ELLOS" PIENSAN

TAMBIÉN «ELLOS» PIENSAN

CLARK CARRADOS

TAMBIÉN «ELLOS» PIENSAN

Ediciones TORAY

Arnaldo de Oms, 51-53
Barcelona

Dr. Julián Álvarez, 151
Buenos Aires

Depósito Legal: B. 25.129-1968

Printed in Spain - Impreso en España

Impreso en Gráficas Tricolor - Eduardo Tubau, 20 - Barcelona

CAPÍTULO PRIMERO

Con un suspiro, la señora Bradshaw detuvo, no sabía si por melancolía o aburrimiento, o ambas cosas a la vez, la labor de calceta que estaba realizando. Luego, en voz moderadamente alta, llamó:

—¡Philip!

Philip no era el verdadero nombre del sirviente personal de los Bradshaw. El sirviente no tenía nombre; sólo una serie de cifras estampadas en algún lugar de su metálica anatomía.

Philip era un robot.

La voz del sirviente mecánico se dejó oír casi en el acto.

—¿Señora?

Apareció por la puerta que daba al saloncito, grande, pesado, con el característico centelleo de sus ojos sin alma y una diminuta antenita girando continuamente en lo alto de lo que los optimistas denominaban cabeza.

La señora Bradshaw tenía muy poca memoria para los números, por eso había dado el nombre de Philip a su robot. Quizá era un recuerdo subconsciente de cuando, siendo una niña, iba a visitar a una anciana tía suya, que había tenido un mayordomo auténtico, estirado y ceremonioso que aquél sí respondía al nombre de Philip.

La anciana tía y el mayordomo ya no eran de este mundo, pero los recuerdos de treinta y cinco años atrás estaban aún impresos en la mente de Helen Bradshaw cuando su marido se decidió a comprar un robot. Era más cómodo llamarle Philip.

—Philip —dijo la señora Bradshaw—, ten la bondad de servirme el té de las cinco.

Porque el robot podría ser una máquina, pero, puesto que se llamaba Philip, tenía derecho a un trato considerado por parte de su dueña. La señora Bradshaw se habría sentido indignada consigo misma si hubiese tratado a su robot sin un mínimo de educación.

El altavoz mecánico de Philip dijo:

—Sí, señora. Al momento, señor... xxxjjjzzzbbbrrrllll... Fiiiii... Pif... pif... pif... ¡Crack!

Y eso fue todo.

La señora Bradshaw miró a Philip por encima de las gafas que utilizaba para hacer calceta. Una débil nubecilla de humo azulado salía por uno de los orificios captores de sonido de la «cabeza» de Philip.

La señora Bradshaw volvió a suspirar. Luego meneó su cabeza.

—Tenía que pasarle —dijo, con más resignación de lo que ella misma hubiera creído.

Y puesto que Philip se había convertido en una estatua, le resultó forzoso prepararse el té por sí misma. Como había perdido la costumbre, la infusión quedó impotable.

Por la noche, la señora Bradshaw armó una educada escandalera a su marido, el señor Bradshaw.

—Te digo que tienes que comprar un nuevo robot, John. Philip está ya para la chatarra. Es la tercera avería que sufre en el plazo de dos meses...

—Pero, querida, yo no tengo la culpa de que Philip sea tan viejo...

—Y tanto que es un viejo, como que es de la serie A-V7, nada menos. Ya no se fabrican hace años... todas mis amigas tienen, por lo menos, un G-09...

El señor Bradshaw se estremeció.

—¡Un G-09! — repitió.

— Sí, y algunos tienen ya el modelo G-22, que lo más perfecto que se conoce. Emily Reitland dice que es una maravilla...

—Los Reitland tienen dinero y nosotros no, querida.

—Pero tú ganas un buen sueldo.

—Cariño el sueldo de dos años de tu marido no serviría ni para pagar una pata de un G-09.

—No debes decir pata, se dice pierna cuando se habla de un robot.

—Lo mismo da. Yo, lo único que puedo garantizarte es una llamada a la compañía de reparaciones, para que echen a andar de nuevo a Philip. De comprar un robot nuevo, ni hablar.

La señora Bradshaw se puso a gimotear, diciendo que su marido no la comprendía y que nunca quería darle un capricho. El esposo de la señora Bradshaw no se dejó impresionar poco ni mucho por aquella demostración de aflicción y se puso a leer tranquilamente el periódico.

Al día siguiente llegó el mecánico de la compañía de reparaciones. Tratábase de un joven de agradable presencia y mirada viva, pelo claro y sonrisa fácil, la cual desapareció en el acto apenas vio las «tripas» de Philip.

—Señora —diagnosticó—, se lo voy a arreglar, pero si quiere un consejo, deshágase de este trasto y compre uno nuevo.

—¿Qué modelo me sugiere usted, joven? — preguntó la señora Bradshaw.

—Si yo tuviese que comprar un robot para que me ayudase, pediría el modelo G-30. Es prácticamente una persona...

—Yo sólo había oído hablar del G-22 —dijo ella.

—El G-30 está ya en la cadena de producción. Uno lo compra, le da instrucciones el primer día y a la semana de trabajo, con lo que él ha observado, ya no es necesario mandarle nada.

—Debe de ser una maravilla — dijo la señora Bradshaw, arrobada.

—Lo es —confirmó el mecánico, que había dicho llamarse Marco Logan —. En fin, comprar o no un nuevo robot, es cosa suya, señora. Le dejaré éste en condiciones, aunque no le garantizo cuánto durará.

A continuación, Marco se explayó en una serie de consideraciones técnicas, de las que la señora Bradshaw no entendió ni jota. Lo único que comprendió es que antes de un mes, Philip se habría descacharrado de nuevo.

Dos semanas más tarde, sin embargo, la señora Bradshaw recibió la visita de un joven alto y apuesto, de correctas facciones, ojos azules y pelo castaño, quien, tras saludarle, dijo.

—Señora, permítame que me presente. Soy G-30, número A-8857231, robot con figura enteramente humana, a su servicio. Mi precio es de seiscientas treinta libras esterlinas, pagaderas de la siguiente forma: seis libras de entrada, al firmar el contrato, y una libra semanal, o cuatro mensuales, durante doce años.

»Dado que somos los primeros ejemplares de la serie G-30, la compañía que nos ha fabricado, en sus deseos de hacernos llegar pronto a los clientes, ha dado semejantes facilidades de pago. Estamos tan perfectamente construidos, que no conocemos las averías; ésta es una de las razones por las que la compañía constructora concede un tan largo aplazamiento en el pago.

»Razonamos y argumentamos enteramente como un humano, aunque siempre con el respeto y subordinación debidos a todo humano, y muy especialmente a aquél a quien vayamos a servir. Caso de fallecimiento de nuestro dueño antes de completar el pago, la suma restante sería descontada de su póliza de seguro de vida, aunque se está estudiando el medio de incluir a dicha póliza una cláusula que garantice nuestro pago total, sin detrimento de la suma que deban percibir el o los herederos del titular de la póliza.

»Si la señora desea contratar mis servicios, no tiene más que firmar estos documentos; el día primero de mes, enviará un cheque por el importe de la entrada de la compra a plazos y esto bastará para legalizar la operación. La señora no tendrá que ocuparse de realizar la menor operación al respecto; yo me encargaré de prepararle los documentos y enviarlos a la compañía por correo ordinario.

La señora Bradshaw se sintió encantada por aquella auto propaganda. Tan encantada, que allí mismo firmó todos los documentos precisos y el robot de la dase G-30, pasó a ser de su propiedad.

El robot examinó con ojos de visible desdén a su viejo colega.

—Montón de chatarra —le oyó murmurar la señora Bradshaw, entre electroimanes, puesto que no tenía dientes, claro. Dientes útiles, se entiende; sí los tenía ornamentales. Y parecía mucho más guapo cuando sonreía.

Luego, el robot se volvió hacia su dueña.

—Sugiero a la señora un nombre para facilitar nuestras relaciones — dijo —. ¿Puedo preguntar a la señora si daba algún nombre a este... ejem, ejem... a esta cosa de metal pomposamente llamada robot?

—Yo le llamaba Philip. Nunca me acordaba de su número...

El robot hizo una correcta inclinación de cabeza.

—Perfectamente, yo también me llamaré Philip. Con el permiso de la señora...

Philip se acercó a Philip y le desconectó la batería que alimentaba sus circuitos.

—Mañana me encargaré de llamar a la compañía chatarrera para que se lo lleven — decretó Philip —. Confío en que la señora obtendrá lo suficiente para que pueda pagar las seis libras, importe de la entrada de mi precio aplazado.

La señora Bradshaw se sentía contentísima con el nuevo Philip. ¡Pues no iba a presumir ella delante de sus amigas nada menos que con un G-30!

El señor Bradshaw llegó a la hora de costumbre. Cuando el nuevo Philip le abrió la puerta, el señor Bradshaw parpadeó atónico.

Era un robot con aspecto de buen mozo. Lo primero que pensó el señor Bradshaw fue un disparate, pero se corrigió en seguida; su esposa ya no estaba en edad ni tenía tipo para «flirts» y devaneos.

—Bienvenido a casa, señor — saludó el robot —. Soy Philip, el nuevo sirviente humanocánico...

—¿Huma... qué? — dijo el señor Bradshaw atónito.

—Perdón, señor; era una abreviatura de humano y mecánico — dijo Philip con exquisita corrección —. Lo propio y ajustado sería decir que soy el nuevo robot. Pero es una palabra desagradable, estimo...

—¡HELEN! — tronó el señor Bradshaw.

La señora Bradshaw compareció de inmediato.

—¿Me llamabas, querido? —dijo, con la más dulce de sus sonrisas.

El señor Bradshaw señaló al robot.

—Échalo de casa inmediatamente —ordenó.

—Perdón, señor — dijo Philip —. Eso es algo imposible. La señora Bradshaw ha firmado ya el compromiso de compra y, créame, lo ha hecho en condiciones ventajosísimas...

Hubo una regular pelotera entre ambos esposos, pero, al fin, ella consiguió salirse con la suya y Philip se quedó en casa. Realmente, el señor Bradshaw podía soportar el pago de los plazos y... bien mirado, Philip era un encanto de robot.

Durante un mes, todo fue bien. Luego, un día, Philip, el robot que con tanto narcisismo había hablado de sí mismo, jurando y perjurando robóticamente que no podía tener una avería, hizo: «Rrrjjjlllmmm... Chás... Trock... Puf... puf... Fiiiii... ¡Pam!». Y luego se paró.

CAPÍTULO II

El señor Jansson, Oleg, leía el periódico con el ceño fruncido. Su hija, Aurora, le contemplaba con una expresión en la que se mezclaban la preocupación y una moderada ironía.

El señor Jansson arrojó de pronto el periódico a un lado y tomó la cuchara para empezar con la sopa recién servida.

—Y siguen subiendo —gruñó.

—¿Adónde suben? — preguntó Aurora inocentemente.

—Hablo de la bolsa, querida —contestó el señor Jansson —. Me refiero a las acciones de la Intercontinental Robótica.

—Ah, la compañía rival de la tuya.

—Sí.

El señor Jansson se llevó la cuchara a los labios, se quemó y soltó un taco.

—Papá —dijo la chica en tono de reproche.

—Perdona, hija. Estoy muy nervioso estos días.

—Me lo imagino. La I.R. te está dando un baño, ¿eh?

—Sí — confesó Jansson —. Su último modelo, el G-30 está teniendo un éxito fabuloso.

— He oído hablar de él a una amiga mía que lo ha comprado hace pocos días. Creo que la I.R. hace unas condiciones de pago magnificas.

—Puede hacerlo. El G-30 es el robot más perfecto que se ha construido hasta la fecha.

—¿Y qué hay de tus últimos modelos, los T-2 y T-3? — preguntó Aurora.

—Son dos cafeteras —mascculló Jansson—. No hay medio de meterles en los circuitos más de diez órdenes seguidas. Además, si se les conecta el circuito analítico-distribuidor, se estropean a los cuatro días.

—¿Quiere esto decir que tendrás que seguir fabricando el viejo T-l?

—Si no hay otro remedio, sí; mientras los ingenieros investigan en los defectos estructurales de los T-2 y T-3. Pero o lo hacen pronto o nos arruinaremos.

—La I.R. se llevará el gato al agua, ¿eh?

—Se lo está llevando ya —admitió Jansson sin rodeos —. La única ventaja, por ahora, que tiene nuestro viejo T-l es su ligereza de peso; el G-30 pesa el doble, como mínimo, de una persona normal. ¡Pero razona como una

persona!

El lindo rostro de Aurora se cubrió de sombras.

—Eso es preocupante, papá — murmuró —. ¿Y no hay solución?

—Hay una..., pero no quiero ni pensar en ella.

—Bueno, piénsalo delante de mí; yo no te voy a traicionar. Soy tu hija.

Jansson miró fijamente a la muchacha.

—La solución se llama Marco Legan —dijo.

Aurora enrojeció vivamente.

—Comprendo — murmuró.

—Ese condenado muchacho... —gruñó Jansson—. Tiene una inteligencia fabulosa, entiende a los robots como ninguno... y se marchó de mi compañía sin darme explicaciones. ¿Por qué lo hizo? —añadió irritadamente.

—Yo te lo diré papá, si me prometes no enfadarte.

—¿Conoces tú los motivos, Aurora?

—Sí.

Jansson inspiró profundamente.

—Te habías enamorado de él, ¿verdad?

—Aún no estoy muy segura —respondió la muchacha —. Lo que sí puedo decirte es que Marco es un hombre recto, íntegro, incapaz de mentir y que dice siempre lo que piensa. No es un adulador y cuando ve algo mal hecho, lo declara, pase lo que pase.

—A veces, conviene un poco de diplomacia —murmuró Jansson.

—Marco sabe usarla también. Pero no podía seguir en tu fábrica.

—¿Por qué?

—Tú querías que siguiera el camino previamente marcado. Él opinaba que era un camino rutinario.

—Era el camino que conducía a la ruina.

—¿De veras? ¿Quién diseñó, construyó personalmente y probó el primer modelo de la serie T? Te hizo ganar millones, ¿no?

Jansson se abochornó.

—Bueno, sí; pero...

—Pero luego, cuando Marco quiso introducir determinadas modificaciones en los T, tú te negaste a ello, arguyendo... ¿Qué fue lo que

dijiste, papá?

—Habíamos realizado una gran inversión. Era preciso amortizar una buena parte del capital invertido.

—¿Lo has amortizado?

—¡Pareces un fiscal, Aurora! — refunfuñó su padre.

—Marco me enseñó a ser franca y directa —respondió ella sin inmutarse —. Después de que se fue, tú hiciste desarrollar los modelos T-2 y T-3. No parece que hayan resultado un éxito.

—Mis ingenieros acabarán por encontrar los defectos...

—Vamos, papá; no trates de convencerte a ti mismo de lo que no es verdad. Estamos tú y yo solos. Entre nosotros no debe existir el engaño. Tus ingenieros están atascados, ¿verdad?

Jansson suspiró profundamente.

—Verdad —admitió.

—Y ahora, por orgullo, no quieres llamar a Marco.

—Por orgullo, no —contestó Jansson—, porque no sé dónde está.

Aurora sonrió imperceptiblemente.

—De modo que ya habías cedido, ¿eh?

El hombre sonrió también.

—Sí, hija, sí. Soy de los que saben reconocer sus errores, aunque a veces te parezca a ti que soy un tipo obstinado. Pero no puedo encontrar a Marco. Parece como si se hubiera volatilizado.

—¿Has puesto algún cartel de recompensa? —preguntó la muchacha.

—¡Aurora!

—Lo decía porque, en ese caso, me ganaría yo la recompensa.

—¿Sabes dónde está Marco?

—Sí

—¡Hija, por el amor de Dios! ¿Qué haces que no le llamas inmediatamente?

La mano de la muchacha jugueteó un instante con la cuchara.

—Papa, si le llamo, no quiero sufrir un fracaso. Marco ha de tener la seguridad de que podrá trabajar de una manera absolutamente libre, sin limitación de tiempo... ni dinero.

—Dinero — se estremeció Jansson.

—A menos que quieras acabar cerrando la factoría, claro.

—¡Eso no! Pero... he invertido ya tanto en los modelos T...

—Unos miles o cientos de miles más poco daño causarán a los fondos de reserva de la compañía. Además, voy a hacerte una proposición.

—Habla, hija.

—Si llamas a Marco y le dejas trabajar tranquilamente, yo invertiré cien mil libras de la fortuna que me dejó mamá.

Jansson frunció el ceño.

—Tu capital quedará casi a cero —dijo.

—Tengo fe en Marco —contestó ella sencillamente.

—¿Y qué pedirás a cambio?

—Una participación, en acciones, proporcional a la inversión y a los rendimientos del nuevo robot.

Jansson se echó a reír.

—Hija, eres un águila —comentó.

—¿Creías que iba a pedirte sólo la devolución del capital, más intereses? Eso ya lo hace mi banco; no gano mucho dinero, pero tampoco lo arriesgo.

—Invirtiendo lo arriesgas.

—Por eso pido participación. Cuando el T-4 salga al mercado, las acciones subirán hasta el cielo.

—Está bien, Aurora. Tú ganas. Llama a Marco.

—Será mejor que vaya a verle directamente. —Aurora consultó su reloj —. Hoy ya es tarde; iré mañana. Pasado mañana lo tienes en la factoría.

—¿Cuándo es tu cumpleaños, hija? —preguntó Jansson de súbito.

—El diez de marzo próximo...

—Recuérdamelo dos días antes. Te haré un buen regalo.

—No eches las campanas a vuelo todavía. Aguarda a que Marco cruce la puerta de tu fábrica.

—Acabas de decir que pasado mañana estará allí.

—Sí, y es lo que creo, pero prefiero pisar sobre seguro. Marco está muy enfadado contigo.

—Me lo imagino. En fin, si tú no lo consigues, no lo conseguirá nadie.

Después, la conversación tomó otros derroteros. Aquella noche, Oleg

Jansson pudo dormir con una tranquilidad que no sentía desde hacía mucho tiempo.

* * *

Los mecánicos de la I.R. acudieron con presteza increíble, apenas la señora Bradshaw comunicó la avería de su robot.

Philip fue reparado rápida y eficientemente. Media hora más tarde, estaba de nuevo en funcionamiento.

Los mecánicos se negaron a aceptar ni un penique siquiera por su trabajo. Tan rápidos como habían llegado, se fueron, dejando a la señora Bradshaw sumamente contenta.

Philip funcionaba de nuevo. Inmediatamente, dio comienzo al aseo de la casa.

La señora Bradshaw, loca de alegría, se dirigió al visófono. Quería comunicar la buena nueva a una amiga suya, Mercedes Oxford.

Sentándose ante la mesita donde estaba el aparato, marcó un número y esperó unos instantes. La cara de la señora Oxford, una dama de edad análoga a la suya, apareció a poco en la pantalla.

—¿Qué tal, Helen?

—Hola, Mercedes. ¿Cómo te encuentras?

—¡Psé! Regular. Mi ciática, tú ya sabes.

—Sí, a mí el hígado es lo que a veces me causa algún trastorno. ¿Sabes? Tengo un robot nuevo...

—¿Un G-22?

—No. Es un G-30.

—¡Un G-30! ¡Increíble! ¡Son tan pocos los que tienen todavía! Creo que es perfectísimo...

—Mujer, tanto como perfectísimo... Precisamente ayer sufrió una pequeña aver...

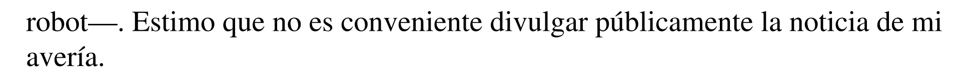
Una mano se posó sobre el botón de contacto y cortó la comunicación.

—Perdón, señora —dijo Philip educadamente.

Helen Bradshaw se volvió. Su cara mostraba el enojo que sentía.

—¡Philip! ¿Cómo te atreves...?

—Ruego a la señora se sirva dispensar mi atrevimiento — contestó el


robot—. Estimo que no es conveniente divulgar públicamente la noticia de mi avería.

—Pero... era un comentario sin trascendencia...

—A veces, los comentarios sin trascendencia se convierten en grandes noticias, señora. Es mejor callar, opino yo.

—Un robot no puede opinar, Philip —contestó ella altaneramente—. Sólo debe obedecer a su dueño...

—Nosotros, los robots, hemos sido construidos para servir lo mejor posible a los humanos y proporcionarles todos los beneficios que esté en nuestra mano conseguirles. La noticia de mi avería, ciertamente, no representa un beneficio para la señora. Es mejor emplear la discreción y no divulgar el suceso.

Helen miró al robot. El rostro de Philip no mostraba ninguna emoción, pero ella, de repente, sintió frío.

Y un miedo espantoso. No sabía por qué, pero tenía muchísimo miedo.

Empezó a pensar si no era ella la esclava del robot, en lugar de ser su dueña. Una esclava que sería servida, en lugar de servir... pero esclava, al fin y al cabo.

CAPÍTULO III

Los dos hombres que se detuvieron ante la puerta del cobertizo eran altos, robustos, de rostro impenetrable y vestimenta discreta. Se habían apeado de un automóvil negro, que había quedado a cierta distancia, y muchos de los que se habían cruzado con ellos, habían pensado que se trataba de dos agentes de la «secreta».

Uno de ellos tocó a la puerta con los nudillos. Pasados algunos segundos, la puerta se abrió y un hombre apareció en el umbral.

—¿Ingeniero Legan?

—Pasen — contestó el hombre.

Era joven y de aspecto agradable. Se echó a un lado, mientras los dos sujetos cambiaban entre sí una mirada de mutuo asentimiento.

Entraron. El segundo cerró.

—Debe acompañarnos, ingeniero —dijo el primero.

—¿Adonde?

—Lo sabrá en su momento. Vamos.

—No iré a ninguna parte, sin permiso de...

Los dos sujetos volvieron a mirarse.

—Tendremos que emplear nuestros métodos particulares de persuasión— dijo uno.

—Cuando quieras —contestó el otro.

El primero alargó el brazo. Pensaba golpear la barbilla del joven.

El objetivo desapareció antes de que el puño lo alcanzase. Sonó una exclamación de asombro.

A su vez, el joven contraatacó. Disparó su puño.

El otro levantó el brazo para proteger la mandíbula. Conocía el difícil arte del boxeo.

Fue inútil. El joven no desvió su puño, sino que lo dejó seguir su camino.

El puño alcanzó al brazo de su adversario a medio camino entre el codo y la muñeca, empujó al brazo, partió los dos huesos y lo hizo chocar violentísimamente contra la mandíbula de su adversario. Éste lanzó un chillido de angustia y se desplomó al suelo.

El otro se quedó atónito. Nunca había visto nada semejante.

Cuando quiso reaccionar, el puño le alcanzó a él, dejándole K.O. instantáneamente. Su desmayo, sin embargo, duró pocos minutos.

Cuando despertó, el joven señaló la puerta.

—Llévese a su compañero — ordenó.

El sujeto sintió miedo. ¿Qué clase de individuo era aquél, cuyos golpes poseían la potencia de un martillo de pilón?

Su compañero gemía sordamente. Inclinándose sobre él, le ayudó a levantarse.

—No vuelvan más por aquí — dijo el joven.

Al menos en lo referente a marcharse, la orden fue cumplida con toda puntualidad.

* * *

Aurora Jansson detuvo su coche frente al cobertizo y saltó al suelo ágilmente. Era una muchacha de mediana estatura, formas esbeltas y pelo oscuro. Todavía no había cumplido los veintitrés años.

Caminó con paso resuelto hacia el cobertizo. Vestía de una manera un tanto libre, aunque no exagerada: una especie de saco de grueso tejido, muy suave, no obstante, de manga corta, y cuya falda quedaba a veinte centímetros por encima de las rodillas. El color del vestido era azul fuerte, con una banda amarilla vertical en el centro. En la mano izquierda llevaba un bolso a juego. Llevaba zapatos de medio tacón.

Llamó a la puerta del cobertizo. Se preguntó cómo la acogería Marco. Sintió que su corazón latía un poco más fuerte que de costumbre. ¡Hacía tanto tiempo que no veía al joven!

La puerta se abrió. Aurora exclamó:

—¡Hola, Marco! ¡Me alegro de verte!

El joven la contempló con moderada curiosidad.

—¿Se alegra de verme, señorita? —preguntó.

—¡Pero, Marco! No irás a decir ahora que no me conoces...

—Un momento, por favor, señorita. Consultaré mis circuitos de memoria para ver...

Aurora se quedó con la boca abierta.

—¡Atiza! ¡Es un robot! — exclamó.

El cobertizo era grande. Al fondo, tenía un segundo piso en voladizo, sustentado por varias pilastras. Parte del segundo piso estaba encristalado a modo de oficina o cuarto de trabajo.

Un hombre salió de la oficina y se apoyó en la barandilla del voladizo.

—¡Aurora!

La joven levantó los ojos.

—¡Marco! Pero... ¿qué pasa aquí? ¿Por qué has construido un doble tuyo?

Marco se echó a reír.

—Ven, sube —invitó—. Te lo explicaré todo.

—Vengo a ofrecerte un empleo —contestó ella, a guisa de advertencia, mientras caminaba hacia la escalera que permitía el acceso al voladizo.

—¿Un empleo? Tengo uno ya muy bueno —contestó él.

Aurora llegó al piso superior.

—¿Qué clase de empleo? — preguntó.

De pronto, vio un mono de trabajo colgado de un clavo. En la espalda de la prenda había unas letras impresas sobre el tejido: «Compañía Robótica Miwson. Reparaciones».

—No me digas que trabajas para la Miwson —exclamó—. Es la compañía que fabrica los robots más anticuados...

—Sí, los del tipo A-V7 —admitió Marco sin rodeos—. Pero ¿qué quieres?, también son los más baratos y, mira, mejor o peor, trabajan casi tan bien como los G-22 de la I.R.

—Y tú... eres un mecánico de reparaciones...

Marco se encogió de hombros.

—De algo hay que vivir —contestó filosóficamente—. Entra, te daré una taza de té.

Marco la tomó por el brazo y la hizo pasar al sector encristalado. Los perspicaces ojos de la muchacha contemplaron la estancia.

Había una gran mesa de trabajo, un tablero de dibujo y algunos instrumentos de comprobación y medida. Al fondo, divisó un catre y al lado una cocinilla. Uno de los muros, pared maestra, estaba cubierto de libros desde el techo hasta el suelo.

—De modo que vives aquí —dijo ella, decepcionada.

—Sí. El terreno y el cobertizo son míos, y ello me permite un considerable ahorro. Suelo ir a comer a una taberna cercana, cuando no lo

hago en el primer bar que me sale al paso, durante mi trabajo. Aquí sólo me preparo el té y algún que otro bocadillo.

—Viendo esto, nadie diría que eres un ingeniero graduado «cum laude» en la Nueva Tecnológica de Oxford.

—Me gusta la independencia — contestó él significativamente.

—¿Te paga mucho la Miwson?

El salario justo. No es escaso, ciertamente.

—Pero te lo gastas en tu doble... y en sus perfeccionamientos.

—Lo que no empleo en la comida, sí. desde luego.

—¿Cómo le llamas?

—Mi madre dice que nacimos dos gemelos, pero mi hermano murió a las dos semanas. Se llamaba Paul.

— ¿Lo ha visto ella?

Marco meneó la cabeza.

—No. Paul tiene todavía algunos defectos — contestó.

—¿Por ejemplo...?

—Exceso de independencia.

—Lo ha «heredado» de ti — dijo aurora zumbonamente.

—No, no es eso —contestó Marco con acento preocupado —. Es fiel, leal, servicial... pero noto en él un punto extraño que no consigo localizar.

—Vamos, a algo así como si pensara por su cuenta.

—Oh, es que ya piensa por su cuenta, si se puede aplicar la palabra pensar a una máquina. Pero algunas de sus decisiones me sorprenden. No son lógicas... no lo son, si nos detenemos a pensar en el diseño de los circuitos que elaboré para él. Aurora, no sé cómo explicártelo —manifestó Marco—. Es... ¿no te ha pasado a ti sentir simpatía o antipatía hacia cierta persona y no conocer exactamente los motivos?

—Sí, desde luego. A veces, es algo meramente instintivo.

—Pues algo por el estilo me sucede a mí con Paul. No... no está logrado definitivamente. Si lo expresáramos en cifras, tendríamos que decir que he conseguido una exactitud de nueve mil novecientas noventa y nueve sobre diez mil. Pero ¿dónde está ese uno por diez mil que falta?

Ella sonrió afectuosamente.

—Tú lo encontrarás y entonces Paul será un robot perfecto —dijo—. Bueno, para mí lo es. Y ahora, ¿hablamos del asunto que me ha traído aquí?

—Todavía no te he servido el té —dijo él.

—No importa. Marco, vuelve con nosotros.

El joven la miró fijamente.

—¿Con vosotros... o con tu padre?

—Con nosotros. Tienes que fabricar el T-4.

—Pero... ¡si ni siquiera está diseñado!

—Tú lo diseñarás. Se te concede libertad absoluta... y trescientas cincuenta mil libras.

Marco silbó.

—Una buena suma — comentó.

—Yo he invertido cien mil. Si fracasas, quedaré arruinada. Mi padre sólo perderá un cuarto de millón.

—Mucha fe tienes en mí.

—La tengo, Marco. ¿Construirás el T-4?

Hubo una pausa de silencio. Marco reflexionaba.

—Con una condición — dijo.

—Aceptada —contestó ella rápidamente.

—Trabajaré aquí y me enviarás como ayudante a Ori Heslar.

—Suponiendo que quiera venir.

—Vendrá —aseguró Marco sonriendo—. En cuanto se lo digas, soltará todo lo que tenga entre manos y echará a correr hacia este cobertizo.

—Qué reformarás de inmediato —dijo ella.

—¡Oh, el sentido práctico de las mujeres! — exclamó Marco, riendo—. Sí, realizaré algunas reformas, pero no tantas como crees. Está bien construido, no tiene goteras... Puede que me compre un colchón nuevo, eso es todo.

Aurora se echó a reír.

—Marco, si lo consigues, tendrás una participación de un veinticinco por ciento en los beneficios. O una cantidad análoga en las acciones del T-4. Se lo he arrancado a mi padre y no ha sido fácil, pero acabó por claudicar.

Marco hizo un gesto con la cabeza.

— No son los beneficios los que me incitan a seguir adelante, sino los resultados. ¿Sabes que I.R. está consiguiendo unos éxitos fabulosos con su G-30?

—Sí, he oído algo al respecto. Es un robot perfectísimo.

—Mejor aún que Paul —admitió él francamente.

—Pues ya tiene que ser bueno —dijo Aurora, admirada —. Nunca he visto un robot tan estupendo como Paul.

—Lo será mejor cuando haya encontrado ese defectillo. Además, ¿sabes?, me ayuda muchísimo en mi trabajo. Mientras yo ando por ahí reparando los viejos A-V7 él se pasa horas y horas trabajando en la mesa de desdibujo o realizando complicados cálculos...

—Entonces, ¿por qué quieres a Heslar?

—Porque tiene unas manos de ángel.

— Sí, eso es cierto —aceptó la chica—. Heslar posee una habilidad mecánica fabulosa.

—Puede que no sea un buen técnico, pero hace maravillas con un alicates, un soldador, una llave inglesa... y diez dedos. Y, lo que es tan bueno o mejor, interpreta correctamente diseños y esquemas, sin el menor error.

—Muy bien. Heslar vendrá. Su sueldo corre de nuestra cuenta. Y el tuyo, por supuesto. ¿Cuánto quieres ganar?

—Lo corriente — contestó él.

— Más un veinte por ciento de aumento —dijo ella vivamente. Abrió su bolso, sacó un talonario de cheques y lo arrojó sobre la mesa—. Tienes abierta una cuenta corriente de trescientas cincuenta mil esterlinas, Marco.

—Eres rápida actuando —sonrió Marco.

—Queremos que el mejor ingeniero robótico del mundo trabaje para nosotros —contestó Aurora—. Pero no todo es cuestión de dinero — añadió intencionadamente, mientras le miraba al fondo de los ojos.

Marco le devolvió la mirada.

—No, todo no es cuestión de dinero.

Hubo una pausa de silencio. De pronto, Marco miró su reloj y lanzó una exclamación.

—¿Qué te sucede? — preguntó ella.

—Se me hace tarde. Tengo que comprar algo urgentemente, antes de que me cierren la tienda.

—¿Materiales?

—No. Un perro. Hoy han intentado secuestrarme — contestó Marco.

CAPÍTULO IV

La señora Bradshaw ordenó:

—Philip, sírveme el té.

—Al momento, señora.

El robot volvió minutos más tarde con la bandeja. Helen Bradshaw frunció el ceño.

—Philip, parece que has puesto pocas pastas —observó.

—La tensión de la señora es ligeramente elevada — contestó el robot educadamente—. Cuatro pastas, diez gramos de mantequilla y veinte de mermelada constituyen una ración más que suficiente, junto con dos tazas de té sin azúcar.

—Philip, nadie mejor que yo misma conoce el estado de mi presión arterial. Haz el favor de servirme el té en la forma acostumbrada.

—Ruego a la señora se sirva excusarme —dijo el robot. Y se marchó sin más.

Helen Bradshaw estuvo a punto de sufrir un ataque de nervios.

Aquella tarde no tomó el té. Por la noche, dijo a su marido:

—John, vamos a deshacernos de Philip.

El señor Bradshaw la miró con asombro.

—Yo creí que estabas encantada con él —contestó.

—Me pone nerviosa — alegó ella.

—Ésa no es razón...

—John, temo que hayamos introducido al diablo en casa. El viejo Philip era un cacharro, pero, al menos, cuando funcionaba, obedecía sin discusión.

—¿Y el nuevo Philip no?

Ella meneó la cabeza.

—Fiscaliza todos mis actos, me espía constantemente... Ya te dije que no me permitió comunicar la noticia de su avería a mi amiga...

—Es lógico. A las personas no les gusta admitir que están enfermas, conque a un robot también tiene que desagradarle que se haga pública su avería. Al menos, a un robot de la clase G-30.

—Yo no lo encuentro tan lógico. Al fin y al cabo, ¿no tienen que obedecernos?

—Sí, desde luego.

—Entonces, no tiene por qué prohibirme nada. ¿Sabes qué clase de té me ha servido hoy?

—No lo sé, no estaba en casa.

Helen explicó a su marido el incidente del té. John Bradshaw pareció sentirse muy complacido de la actitud del robot

—Pues mira, me parece bien que se cuide de tu salud...

—¡Pero es que él no me ha medido la presión? —chilló la señora Bradshaw.

Su esposo empezó a pensar que, efectivamente, la presencia de Philip en la casa era fuente de disturbios en lugar de allanar dificultades. Con el viejo Philip, Helen se había sentido siempre dichosa y tranquila.

John Bradshaw estimaba ante todo la paz del hogar. Por un robot más o menos...

—¡Philip! — llamó.

El robot compareció de inmediato, tan atento y servicial como de costumbre.

—¿Señor?

—Philip, mañana por la mañana, a primera hora, llamarás a la Intercontinental Robótica y les dirás que pasen a recogerte. Vamos a prescindir de tus servicios. Lo siento, pero es así.

—Lamento contradecir al señor, pero me quedaré en su casa.

Hubo una consternada pausa de silencio.

Lentamente, el señor Bradshaw se quitó los lentes que usaba para leer el periódico y dijo:

—¿He oído bien, Philip?

—El señor posee unos tímpanos excepcionales — contestó el robot.

—Te hemos comprado a plazos. Podemos rescindir el contrato cuando queramos, perdiendo, eso sí, el dinero que ya hemos pagado por ti.

—Tengo la impresión de que el señor no ha leído el contrato de compraventa — dijo Philip.

Era cierto. John Bradshaw no se había molestado en hacerlo. La baratura del precio del robot le había hecho descuidar semejante detalle.

—Bueno, no lo he leído, pero...

—La señora firmó el contrato, asegurando que poseía plena capacidad

legal para hacerlo —manifestó el robot impasiblemente. Sacó un papel doblado del bolsillo—. Ésta es la copia del contrato, señor. En él figura una cláusula, según la cual, el comprador no puede deshacerse del robot hasta pasados tres años de la fecha final del pago del último plazo, que señala la compra definitiva, so pena de abonar al vendedor, esto es, a la Intercontinental Robótica, una suma cuádruple del importe total del precio de venta.

Bradshaw se quedó helado al oír aquellas palabras.

—¿Es... eso... cierto? —tartamudeó.

—Ruego al señor se sirva leer el contrato firmado por la señora. Yo no diría una cosa semejante si no fuese verdad.

Bradshaw arrojó una terrible mirada a su mujer.

—Helen —gruñó.

Ella estaba a punto de echarse a llorar.

—Yo... Las condiciones eran tan buenas... Creí que sería un contrato corriente..., como cuando compras una nevera a plazos... — gimoteó.

John Bradshaw se llevó las manos a la cabeza.

El cuádruple de seiscientas treinta libras era... dos mil quinientas veinte libras, casi todos sus ahorros. Ni soñar en dilapidar una suma semejante, sólo por un capricho de su mujer.

—Está bien, Philip — dijo al cabo —. Puedes retirarte, te quedarás con nosotros.

—Mil gracias, señor. Señora...

Cuando el robot se hubo alejado, Helen se derrumbó sobre el diván.

—Yo me moriré si él sigue en la casa. ¡Le tengo un miedo espantoso! — sollozó.

* * *

El camión se detuvo ante el cobertizo. Dos robustos mozos descargaron unas cuantas cajas, las dejaron en el sitio que les indicó el robot Paul y se marcharon refunfuñando, porque eran humanos y el robot no les había dado propina.

«César», el enorme perro lobo que había comprado Marco para su protección personal, dormitaba en el suelo. Paul pasó cerca de él y el can atiesó las orejas y emitió un sordo gruñido.

Paul subió al piso superior. Marco y su ayudante, Orí Heslar, estaban

inclinados sobre el tablero de dibujo.

—Señor —dijo el robot—, ya han llegado los materiales solicitados.

Marco alzó la cabeza.

—Paul, ¿cuántas veces he de decirte que debes llamarme por mi nombre? —exclamó en tono de reproche.

—Lo siento, señor; me es imposible.

—Pero tú...

Marco desistió. Miró a Heslar y sonrió.

—¿Por qué le pondría mi cara? — dijo —. Es terrible verse ante un robot, que parece el hermano gemelo de uno mismo, y oírse llamar señor por aquí... señor por allá...

—Todo es cuestión de acostumbrarse —dijo Heslar filosóficamente—. Vamos a ver esos materiales, Marco.

Heslar era un hombre de unos cuarenta y cinco años, membrudo, achaparrado, de pelo crespo y cejas como cepillos. Tenía las manos como palas, pero sus dedos poseían una delicadeza que para sí hubiera querido el mejor concertista del mundo.

Descendieron a la planta. Las cajas tenían sobre su tapa un rótulo: «Innican Electronics, Co.», y la dirección social de la empresa.

—Bueno, vamos a ver si estos circuitos dan el resultado que esperamos — dijo Marco —. Paul, haz el favor de traer una palanqueta para destapar las cajas.

—Sí, señor.

El robot se desplazó al extremo opuesto del cobertizo. Para llegar a la pared donde había colgadas unas herramientas, tenía que pasar muy cerca del perro.

«César» se incorporó lentamente. Abrió un poco la boca y emitió un sordo gruñido, mientras se le erizaban los pelos del lomo.

Paul dio un pequeño rodeo y pasó a cuatro metros del can. Marco observó la escena con el ceño fruncido.

—Es curioso — murmuró —. «César» y Paul no parecen hacer buenas migas. ¿Por qué será, Ori?

Heslar se encogió de hombros.

—«César» huele a aceite en lugar de oler a sudor. Eso le intranquiliza. Aunque una persona esté muy limpia, siempre transpira algo y el perro lo huele. Paul no transpira, pero usa aceite para lubrificar sus articulaciones... o

tal vez el olor del plástico de su envoltura externa le produce alergia.

Marco aceptó la explicación de Heslar como buena.

—Sí, eso debe de ser —contestó, desentendiéndose del asunto.

Paul llegó con la herramienta. Entonces se abrió la puerta del cobertizo y se oyó una alegre voz femenina:

—¡Hola, pandilla!

El perro lanzó un alegre ladrido y corrió hacia Aurora, meneando la cola con gran rapidez. Aurora se arrodilló y abrazó al animal.

—Hola, «César». Te sientes contento de verme, ¿eh? Tú ya sabes bien que si no fuera por mí, te morirías de hambre. Precisamente hoy te he traído un hueso riquísimo...

Abrió el bolso, sacó el hueso, quitó la envoltura de plástico y lo arrojó a lo alto. «César» lo atrapó con sus fuertes mandíbulas antes de que cayera al suelo.

Marco se echó a reír.

—Te ha tomado verdadero afecto, Aurora —dijo—. ¿Cómo van las cosas por la Robótica Jansson?

—He venido a preguntar cómo van las cosas por aquí — respondió ella—. ¿Qué me cuentas de nuevo, Marco?

—Estamos empezando, como quien dice. Mira, ahora mismo acabamos de recibir materiales que habíamos encargado a Innican. Mañana empezaremos los montajes, para realizar las primeras pruebas lo antes que podamos...

Mientras Marco hablaba, Aurora paseó la vista a su alrededor. Había, además de Paul, tres robots, aunque éstos no funcionaban. Eran de las series 1, 2 y 3 de la clase T, que Marco tenía allí para comprobaciones.

—¿Qué esperanzas me das? —preguntó ella, cuando Marco hubo terminado sus explicaciones.

—Buenas, con precaución.

—¿No garantizas un resultado definitivo, ¿eh?

—Nunca sabes si la masa que meterás en el horno sabrá a pan cuando salga, querida.

Aurora se echó a reír.

—No seas refranero —dijo—. ¿Confucio? ¿Cicerón?

—No. Marco Legan —contestó él muy serio—. Sin bromas, tengo esperanzas, pero no daré zapatetas hasta que compruebe que el T-4 marcha

como esperamos.

—Mejor que el G-30, supongo.

—Para eso estamos aquí, ¿no?

—El G-30, de la I.R., y sin ánimo de molestar, es de lo mejorcito que se ha producido hasta ahora —dijo Aurora.

—Lo sé, pero puede que nosotros le ganemos, no sólo en calidad, sino en precio.

—¿De veras? ¿Sabes que los venden sólo a seiscientas treinta libras, con una entrada de seis y un pago aplazado de hasta doce años?

Marco abrió la boca de par en par.

—No, no lo sabía —dijo—. Pero la I.R. se arruinará — exclamó a continuación.

—¿Lanzando dos mil quinientos robots por día y con la producción vendida de antemano? Marco —suspiró la joven—, estamos corriendo un riesgo gravísimo, financieramente hablando, por supuesto.

—¿Podréis vosotros financiar una venta del T-4 en semejantes condiciones y a cincuenta o sesenta libras menos? — preguntó él.

—No lo sé, porque primero es preciso saber si el T-4 ha perdido los defectos de sus antecesores; luego hay que poner en marcha el departamento de planificación, echar cuentas, hablando en términos vulgares, levantar las plantas de montaje... La I.R. nos lleva, por lo menos, una ventaja de dos años.

—En cuyo plazo, habrá construido casi dos millones de unidades del modelo G-30.

Marco hizo un gesto con la cabeza. Añadió:

—No comprendo cómo la I.R. puede hacer unas condiciones de venta semejantes. Necesita un capital fabuloso para la financiación de tantos robots vendidos a plazos. ¿No crees que se arruinarán?

—Marco, la I.R. no está regida por tontos. Cuando los venden en semejantes condiciones, es que pueden hacerlo. Pero lo más chusco es que son los propios robots los que van por las casas ofreciéndose para que los compren.

—Con lo cual, eliminan a los vendedores y comisionistas.

—Y eso significa también ahorro. Hay que reconocer que han planeado la campaña magníficamente. —De pronto, Aurora se fijó en un detalle—: Marco, ¿compras materiales a la Innican?

—Pues claro que sí. De este modo, me ahorro tiempo. Podríamos

construir nosotros mismos los circuitos, pero nos llevaría demasiado. De esta manera, me basta comprobar su perfecto funcionamiento y acoplarlos en el lugar adecuado. ¿Por qué te extrañas de una cosa semejante? La Compañía Innican también suministra a la I.R.... y a otros fabricantes de robots.

—Sí, pero es que la I.R. ha adquirido un paquete de acciones de la Innican, que equivale a un sesenta por ciento del total.

—Así, pues, la I.R. controla ahora a la Innican.

—Justamente.

— Bueno —dijo Marco—, de todas formas, los de la Innican ya me han suministrado todo lo que me hacía falta. Vosotros también le comprabais, ¿no?

—Sí, claro.

—Entonces, no te preocupes de más. Mientras paguéis, la Innican continuará sirviendo vuestros pedidos. A fin de cuentas, es su negocio.

—Sí, desde luego. Oye —preguntó Aurora—, ¿no han vuelto a intentar secuestrarte?

—No. Nadie ha venido aquí, ni siquiera con el pretexto de ofrecerme empleo en otro sitio.

—Además, tienes a «Cesar» —dijo ella, sonriendo.

—Sí —convino Marco—. Gracias al perro, Heslar y yo podemos dormir sin temor por las noches.

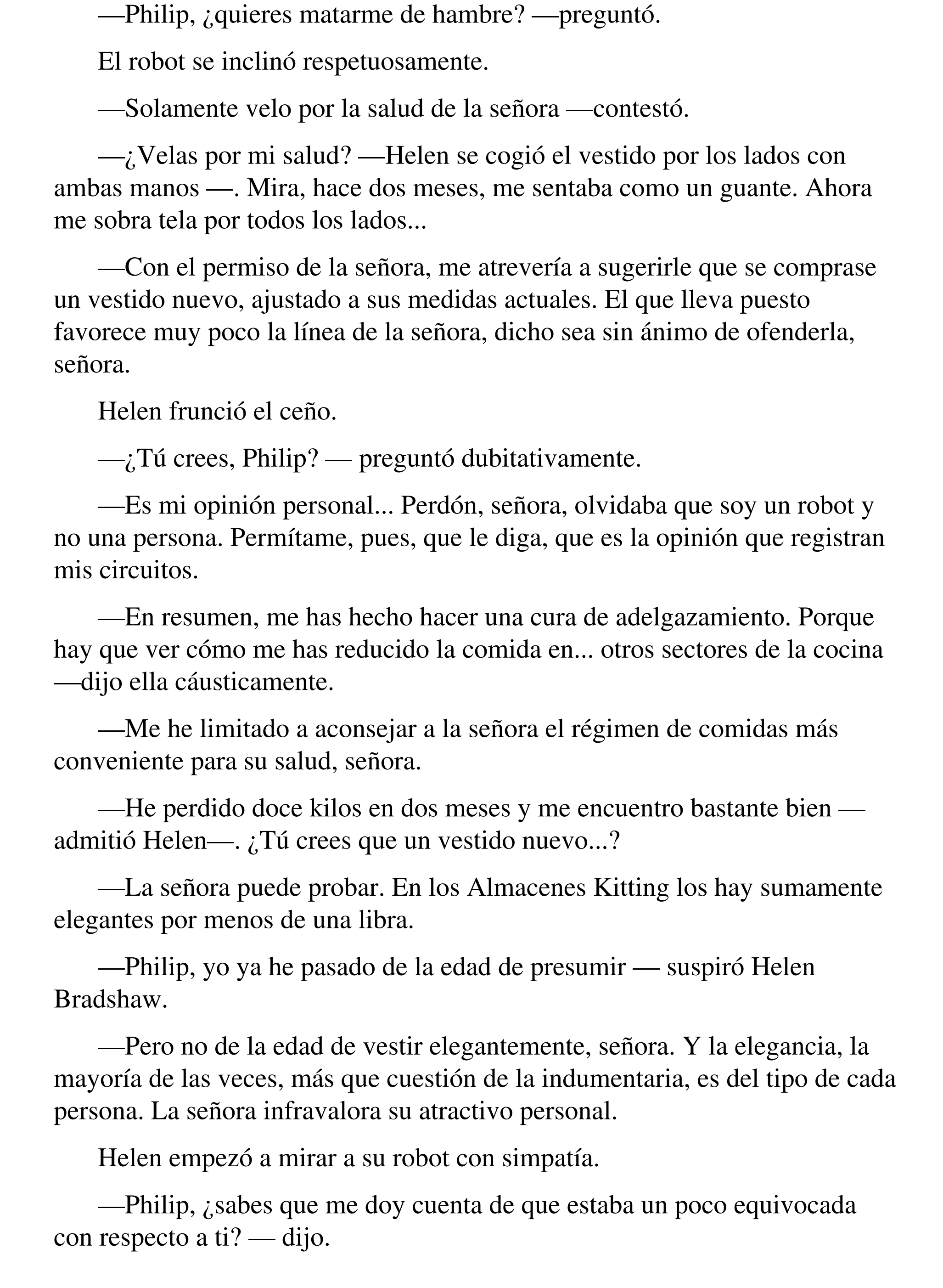
—Muy bien. Y ahora, aprovechando que tienes a Heslar y a Paul para que te ayuden, ¿porqué no te arreglas un poco y me invitas a cenar en algún lugar civilizado?

Marco la contempló con una sonrisa.

—Esa petición, ¿es particular o procede de la hija del patrón? —preguntó.

—¿Para qué andar con rodeos? — contestó Aurora desenvueltamente—. ¡Procede de la hija del patrón!

CAPÍTULO V



Helen Bradshaw contempló resignadamente los platitos medio vacíos que acompañaban al té de las cinco.

—Philip, ¿quieres matarme de hambre? —preguntó.

El robot se inclinó respetuosamente.

—Solamente velo por la salud de la señora —contestó.

—¿Velas por mi salud? —Helen se cogió el vestido por los lados con ambas manos —. Mira, hace dos meses, me sentaba como un guante. Ahora me sobra tela por todos los lados...

—Con el permiso de la señora, me atrevería a sugerirle que se comprase un vestido nuevo, ajustado a sus medidas actuales. El que lleva puesto favorece muy poco la línea de la señora, dicho sea sin ánimo de ofenderla, señora.

Helen frunció el ceño.

—¿Tú crees, Philip? — preguntó dubitativamente.

—Es mi opinión personal... Perdón, señora, olvidaba que soy un robot y no una persona. Permítame, pues, que le diga, que es la opinión que registran mis circuitos.

—En resumen, me has hecho hacer una cura de adelgazamiento. Porque hay que ver cómo me has reducido la comida en... otros sectores de la cocina —dijo ella cáusticamente.

—Me he limitado a aconsejar a la señora el régimen de comidas más conveniente para su salud, señora.

—He perdido doce kilos en dos meses y me encuentro bastante bien — admitió Helen—. ¿Tú crees que un vestido nuevo...?

—La señora puede probar. En los Almacenes Kitting los hay sumamente elegantes por menos de una libra.

—Philip, yo ya he pasado de la edad de presumir — suspiró Helen Bradshaw.

—Pero no de la edad de vestir elegantemente, señora. Y la elegancia, la mayoría de las veces, más que cuestión de la indumentaria, es del tipo de cada persona. La señora infravalora su atractivo personal.

Helen empezó a mirar a su robot con simpatía.

—Philip, ¿sabes que me doy cuenta de que estaba un poco equivocada con respecto a ti? — dijo.

—El conocimiento mutuo puede llegar pronto; la compenetración ya es más difícil de conseguir —dijo el robot sentenciosamente—. Perdón, señora; se le enfría el té.

—Oh, es verdad. Gracias, Philip. Tú siempre estás en todo.

El robot se inclinó profundamente.

—Estoy aquí para servir a la señora —dijo.

Helen Bradshaw fue al día siguiente a los Almacenes Kitting, en donde una bella dependienta la atendió con gran amabilidad, aconsejándola acerca de los vestidos que mejor podían sentar a sus cuarenta y cinco años. La muchacha se mostró amabilísima con ella y Helen se entusiasmó tanto, que acabó encargando seis vestidos nuevos, además de una considerable partida de ropa interior. Pidió la cuenta, firmó un cheque y sólo cuando se despidió de la bonita dependienta se dio cuenta de que había sido atendida por un robot.

El señor Bradshaw llegó a su casa a la hora de costumbre. Cuando vio aquella montaña de paquetes, empezó a maldecir de una forma muy poco acorde con se tradicional flema, de la más pura estirpe británica. Helen salió casi en seguida, ataviada con uno de sus nuevos vestidos. Pero el señor Bradshaw no hizo ningún caso de la exhibición que pretendía hacerle su esposa.

Aquella noche, el señor y la señora Bradshaw sostuvieron una pelotera de las que hacen época. Como era de esperar, el señor Bradshaw hubo de trasladarse al cuarto de los huéspedes para pernoctar aquella noche. La señora Bradshaw hubo de recurrir a los sedantes para conciliar el sueño.

* * *

Marco y Heslar contemplaron el robot recién terminado, el cual permanecía en pie ante ellos, en uno de los ángulos del cobertizo. Marco se limpiaba las manos nerviosamente con un trapo. Heslar masticaba una astilla extraída de la propia barandilla de la escalera que daba al piso superior.

—¿Dará resultado, Ori? — preguntó Marco nerviosamente.

—Si no lo probamos, nunca lo sabremos —contestó Heslar.

—Me da miedo... — confesó el joven.

Paul estaba a unos pasos de distancia. Marco se volvió hacia el robot.

—¿Qué opinas tú, Paul? — preguntó.

—¿Es necesario que dé una respuesta sincera, señor? — dijo Paul.

—Eso es lo que se espera de ti —contestó el joven.

—Pues bien, señor; hablando sinceramente, le diré que dudo mucho que sea mejor que yo.

—Hay circuitos mejorados en él, Paul —alegó Marco.

—A veces, no son sólo los circuitos mejorados los que califican a un tipo de robot, señor.

—¿Las interconexiones?

—Pudiera ser, señor.

Marco frunció el ceño.

—Paul, que yo sepa, no tienes circuito de enojo ni de envidia.

—En efecto, así es.

—Pero yo noto en ti ciertos sentimientos de enojo y de envidia... no siempre, claro, sino de modo ocasional. ¿Te estás alterando?

—Siento contradecir al señor —dijo Paul—. No hay alteración alguna en mis circuitos. Pruebe el T-4, señor, se lo ruego.

Marco se frotó los labios con el dorso de la mano. Luego hizo un gesto.

—Anda, Ori —dijo.

Heslar se acercó al robot y puso la mano en su espalda. Apoyó dos dedos en un interruptor y lo movió ligeramente.

Los inexpresivos ojos del robot, que eran sus circuitos visuales al mismo tiempo, parecieron animarse. Sus labios, de apariencia enteramente humana, se entreabrieron.

—¿Me oyes? —preguntó Marco—. Soy el hombre que te ha diseñado y construido, ¿comprendes?

—Sí, señor; perfectamente.

Marco contuvo una sonrisa de alegría.

—Eres un robot. ¿Tienes alguna preferencia por un nombre?

—Aceptaré el que el señor quiera darme.

Marco se volvió hacia Heslar.

—Ori, adelante —invitó.

Heslar parecía muy emocionado.

—Mi abuelo era un tipo estupendo —dijo—. Le llamaré como él... como le llamaba su mujer: Bob.

—Muy bien. Robot, te llamas Bob. ¿Me has oído? — dijo Marco.

—Sí, señor. Me llamo Bob.

—Éste que ves aquí es Ori Heslar, casi tan padre tuyo como yo. La otra figura que hay allí pertenece a un robot. Se llama Paul.

—He oído perfectamente, señor — respondió Bob —. ¿Puedo serle útil en algo?

—Mira, aquel animal que ves tendido en el suelo es un perro.

—Un perro, señor,

—Se llama «César», ¡«César», ven!

El perro se irguió. Dio unos cuantos pasos, pero, de pronto se detuvo, elevó la cabeza y emitió un largo y melancólico aullido. Luego, giró en redondo y corrió a uno de los rincones, en donde quedó, gruñendo sordamente.

Los dos hombres estaban perplejos. Heslar se rascó la nuca.

—No sé qué diablos puede pasarle — comentó.

—Es raro, en efecto — dijo Marco —. Con las personas es sumamente afectuoso, pero parece como si sintiera antipatía hacia los robots. Y un robot, a fin de cuentas, es una máquina. No lo comprendo, Orí.

—Yo tampoco, Marco. Bien, ¿continuamos la instrucción de Bob?

—Desde luego.

Ahora, puesto que sus finanzas se desenvolvían con más desahogo, Marco había dejado de dormir en su propio despacho. Adosado al cobertizo, había un suplemento de mampostería, que acondicionó convenientemente y que les servía de alojamiento. El perro quedaba suelto por el terreno que rodeaba al cobertizo, para vigilar posibles intrusos.

A media noche, les despertaron unos furiosos ladridos de «César». Marco y Heslar se vistieron precipitadamente y salieron al exterior.

«César» ladraba en dirección al cobertizo. Las luces estaban encendidas.

—¡Hay alguien adentro! —exclamó Heslar.

Y se precipitó hacia la puerta, pero Marco le detuvo, agarrándole por un brazo.

—Espera, no cometas una imprudencia —dijo.

Marco fue a su alojamiento y regresó a poco con una vieja escopeta de caza en las manos. Heslar abrió la puerta y los dos hombres, seguidos de «César», irrumpieron en el cobertizo.

Heslar lanzó una rotunda exclamación apenas hubo cruzado el umbral.

Tenía motivos para ello. Bob, el nuevo robot del modelo T-4, yacía en el suelo, con la cabeza y el pecho aplastados a martillazos. Uno de sus brazos aparecía torcido en un ángulo antinatural y la pierna derecha se hallaba a cinco metros de distancia.

Marco inspiró profundamente. La labor de varios meses de trabajo intensísimo se había ido a paseo en el breve espacio de unos segundos.

Paul estaba en pie, inmóvil, cerca del robot destrozado.

—¿Quién lo ha hecho? — preguntó Marco.

—Dos desconocidos, señor —respondió Paul— Traté de impedírselo, pero ellos me ordenaron que estuviese quieto. Tuve que obedecerles, señor.

Marco asintió. Cuando un humano daba una orden a un robot, el robot debía obedecer estrictamente, a menos que se tratase de dañar a otro humano.

En este caso, ningún humano había sido dañado. Los circuitos de Paul habían discernido perfectamente, indicándole que debía acatar la orden recibida.

—¿Te fijaste en ellos, Paul? —preguntó el joven.

—Sí, señor. Son los mismos que intentaron raptarle en una ocasión.

—Pero... —Heslar estaba a punto de explotar—. ¿Cómo pudieron entrar sin que el perro les atacase?

—Lo ignoro, señor —dijo Paul—. Los hechos han sucedido así...

De súbito, «Cesar» se plantó ante el robot y empezó a ladrarle furiosamente. Marcó temió, que cometiera algún desaguisado con Paul y se vio obligado a cogerle por el collar.

—Vamos, vamos, «César» —dijo, con voz persuasiva—, deja en paz a Paul. No es más que un robot, ¿comprendes?

Los ladridos del perro continuaban a pesar de todo. Heslar, furioso, pegó una patada a los restos del robot.

—Cuatro meses perdidos —suspiró.

«Cesar» parecía calmarse un tanto. Marco dijo:

—Empezaremos de nuevo. Y ahora, para evitar intrusiones, instalaremos una cerca a todo lo largo de los límites del terreno y montaremos un sistema de alarma que dejaremos conectado todas las noches. No habrá más atentados, Ori, te lo aseguro.

—Ojalá sea así —contestó Heslar con notorio escepticismo.

Marco contempló la escopeta que tenía en las manos.

—Y compraré también un par de revólveres —añadió ceñudamente —. Si


alguien viene buscando guerra, la tendrá.

CAPÍTULO VI

El hombre que llegó al día siguiente no parecía ir en son de guerra. Vino montado en un lujoso Rolls-Royce negro, conducido por un chófer humano, de cara de palo, y se apeó frente a la puerta del cobertizo, pero en la acera. Caminó calmosamente hacia el edificio y llamó a la puerta.

Marco salió a abrir. Escrutó curiosamente al recién llegado. Era un hombre de unos cincuenta años, alto, delgado, de pómulos salientes y ojos penetrantes. En la mano llevaba una cartera de documentos.

—¿Ingeniero Legan? — preguntó.

—Yo mismo, señor...

—Davills, Broderick Davills — se presentó el sujeto —. ¿Podría hablar con usted, ingeniero?

—Pase usted —invitó el joven—. Perdone que no le dé la mano, pero la tengo sucia de grasa...

Davills hizo un gesto magnánimo, como diciendo que aquello no tenía importancia, y cruzó el umbral. Una vez en el interior, paseó la mirada a su alrededor, observando con mirada perspicaz todo cuanto había en aquel lugar.

—Un laboratorio robótico más bien modesto —comentó.

—Para lo que yo hago, me basta — dijo Marco, un tanto molesto por el tonillo de superioridad de su visitante —. ¿Quiere subir a mi despacho?

—Gracias.

El robot Bob estaba sobre una mesa. Heslar se inclinaba sobre la máquina, tratando de sacar las piezas que se habían salvado de la destrucción.

—Es mi ayudante. Ori Heslar —dijo Marco.

Davills asintió. Los dos hombres subieron al despacho encristalado.

—Siéntese, por favor — dijo Marco.

Davills tomó asiento. Abrió la cartera y extrajo unos documentos que dejó sobre la mesa.

—Ingeniero, represento a la «Innican Electronics» — dijo sin más preámbulos—. Soy... digamos el gerente general, con plenos poderes, y en nuestra compañía se conoce su fama. Queremos contratarle por un tiempo mínimo de cinco años. Si se molesta en examinar los contratos, verá que la cifra de sus honorarios está en blanco. Póngala usted mismo, señor Legan.

Marco abrió la boca de par en par.

—¿La... Innican pretende contratarme? — exclamó, atónito.

—Nada más cierto — respondió Davills, sin perder la impasibilidad—. Como digo, aceptaremos cualquier cifra de sus honorarios y pondremos a su disposición una suma ilimitada de dinero, así como edificios y materiales igualmente sin limitación. Queremos que trabaje para nosotros y no vamos a regatear el dinero en absoluto.

Marco frunció el ceño.

—La oferta es interesantísima, pero...

—¿Sí? —dijo el visitante con toda cortesía.

—¿De quién proviene? — preguntó Marco.

—Ingeniero, no creo que ése sea un detalle de extrema importancia. Mis poderes, en este caso, son amplísimos. Se me ha concedido, con respectó a usted, lo que vulgarmente se llama carta blanca. Cualquiera otro, en su lugar, aceptaría sin más dilación — concluyó Davills.

—Pero es que yo no soy «otro cualquiera» —dijo Marco significativamente—. Esa oferta, ¿proviene del señor Innican?

—El señor Innican es el presidente de la compañía, en efecto, pero deja a sus ejecutivos la facultad de tomar determinadas decisiones. En este caso...

Marco chasqueó los dedos.

—Ya sé —dijo—. Le ha recomendado el profesor Greene. Es el director técnico...

—El profesor Greene falleció hace unos meses —contestó Davills —. Su lugar está ocupado, ahora, y muy acertadamente por cierto, por el ingeniero doctor Syllabartz. Este acuerdo, el de contratarle a usted, ha sido tomado entre ambos, es decir, entre Syllabartz y yo. ¿Qué me contesta, señor Legan?

Marco meneó la cabeza.

—Lo siento — dijo —. Es una oferta interesantísima, pero no puedo aceptar.

Davills arqueó las cejas.

—¿Por qué, si no es indiscreción?

—Trabajo para la Robótica Jansson —respondió el joven.

—Ah, Jansson — murmuró Davills —. Una excelente empresa. Lástima que se vea envuelta en dificultades financieras.

—¿Cómo? — respingó Marco —. ¿Quién le ha dicho una cosa semejante?

Davills sonrió sibilinamente.

—En apariencia, todo marcha bien en la R.J., pero, usted sabe, quienes

nos dedicamos a un negocio, solemos estar enterados de la marcha de los asuntos de nuestros colegas y competidores. Sinceramente, ingeniero, no le auguro un buen porvenir en la R.J.

—Toda empresa suele pasar, a veces, por un período de dificultades financieras —dijo Marco—. La Jansson se rehará, créame.

—Lo dudo mucho, pero es usted quien hace la elección, no nosotros —declaró Davills—. ¿De verdad no acepta?

Marco meneó la cabeza.

—No. Lo siento. Me gusta cumplir los compromisos contraídos —respondió.

—Un proceder que le honra, pero que no solidifica su porvenir —manifestó Davills, mientras volvía los documentos a la cartera. Desde el despacho se veían los restos de Bob—. ¿Algún percance? —preguntó cortésmente.

—Sí. La noche pasada, dos desconocidos han entrado en el cobertizo y han destrozado a martillazos el último modelo de robot que acababa de construir, precisamente por encargo de la R.J.

—Una lástima, ingeniero.

—Una lástima, en efecto, sobre todo, si consideramos que ahora, la Intercontinental Robótica posee el sesenta por ciento de las acciones de la Innican. Tengo noticias de que I.R. no fue nunca una empresa con demasiados escrúpulos para conseguir sus objetivos.

—Yo represento solamente a la Innican, señor Legan — se defendió Davills.

—No le acuso a usted de nada, señor Davills —dijo el joven —, pero es que hace tiempo, dos individuos vinieron aquí con ánimo de secuestrarme. Precisamente los mismos esta noche han destruido mi nuevo robot.

—¿Cómo lo sabe usted?

—Tengo otro robot en estado de funcionamiento. Él fue quien me defendió la primera vez. Esta noche, los ha reconocido.

—¿Y no ha intentado defender a su nuevo robot?

—Le ordenaron permanecer quieto. A fin de cuentas, iban a causar daño a una máquina, no a un humano.

—Comprendo. —Davills se puso en pie—. Una visita muy agradable, pese a no haber conseguido el objetivo.

—Lo siento.

Cortés, Marco acompañó su visitante hasta la puerta, en donde permaneció hasta que el lujoso automóvil hubo desaparecido de su vista. Luego, profusamente, pensativo, regresó junto a Heslar.

—Orí, ¿has oído tú alguna vez hablar del ingeniero doctor Syllabartz? —preguntó.

—No, nunca —confesó el ayudante, sorprendido—. ¿Quién es?

—El nuevo director técnico de la Innican.

Heslar se volvió hacia el joven.

—Antes ese cargo lo ocupaba Greene.

—Greene falleció hace meses —dijo Marco.

—Pues ya tiene que ser bueno ese Syllabartz —comentó Heslar—. Los cacharros que fabrica la Innican no son ninguna tontería.

Marco contempló las «tripas» del robot, que aparecían al aire, por haber desaparecido las planchas que ocupaban, con su forma, por supuesto, los lugares del pecho y del abdomen. Melancólicamente pensó en los miles de libras que se habían perdido sólo con una docena de martillazos bien aplicados.

—Pediremos a la Innican un nuevo circuito analítico-distribuidor — dijo.

—Tú podrías construirlo —alegó Heslar.

—Sí, pero me costaría tres meses, por lo menos y no podemos perder tanto tiempo. — De repente, Marco se acordó de una cosa y corrió hacia su despacho —. Perdona, Ori.

Subió la escalera en cuatro saltos y se sentó frente al visófono. Un momento después, tenía ante sus ojos la imagen de la señora Brown, el ama de llaves de Jansson.

—Lo siento, señor Legan —dijo la mujer, al escuchar el requerimiento de Marco—. La señorita ha salido. Presumo, sin embargo, que debe de encontrarse ahora en el despacho del señor Jansson.

—Muchas gracias, señora Brown —contestó Marco. Y, en el acto, se aplicó a buscar en la guía el número de visófono del padre de Aurora.

* * *

Aurora encontró a su padre sumamente preocupado. El señor Jansson tenía en las manos una carta, con claras señales de haber sido estrujada coléricamente en un principio y alisada después para una segunda lectura.

—¿Qué te sucede, papá? — preguntó la joven.

—Estos buitres... los de la Innican quiero decir —gruñó Oleg Jansson—. Acaban de participarme que elevan el precio de sus materiales nada menos que en un cien por cien.

—¿Cómo? ¿Es posible eso? —se extrañó Aurora.

—Por supuesto. Son los dueños del mercado, lo saben y se aprovechan a conciencia. No tenemos más remedio que claudicar... o cerrar la fábrica

—Pero... ¡los gastos subirán de una manera exorbitante! — dijo ella.

—¿Sólo los gastos? — rió su padre amargamente —. Oye, Aurora, estamos fabricando el T-l. Es un buen robot, mucho mejor que los A-V7, C-3F... y toda la serie de los G, hasta el 22. Pero el G-30 nos derrota por completo. Se fabrican dos mil quinientos diariamente, tú lo sabes bien... Y la gente se pelea por comprar uno en tan buenas condiciones de pago. ¿Cuánto tiempo podremos mantener la competencia?

Aurora meneó la cabeza con gesto pesimista.

—No mucho, es verdad — admitió.

—Estamos realizando un enorme esfuerzo publicitario, hemos afinado los precios hasta el máximo... pero las ventas decaen de día en día. Además, no poseemos tantas reservas para la financiación de nuestros robots, no ya a doce, pero ni siquiera a seis años de plazo. Podemos conceder tres, como máximo. No obstante, ¿quién va a comprar un robot de quinientas ochenta libras, si tiene que pagarlo en tres años, cuando le ofrecen uno mucho mejor y a pagarlo en doce años? ¿Lo comprarías tú?

—No, sinceramente —contestó Aurora sonriendo.

—Y ahora, por si fuese poco, la Innican duplica los precios de sus materiales. Aurora, hija, si esto sigue así, tendré que transformar la fábrica y dedicarla a elaborar sacapuntas para los palillos de dientes.

Aurora se echó a reír al oír la pintoresca salida de su padre. Pero sabía que la situación no estaba como para ser tomada a broma.

—Y no sabemos nada de Marco — se lamentó Oleg Jansson.

—Sus trabajos progresan satisfactoriamente. El otro día le oí decir que el T-4 era cuestión de una semana...

El timbre del visófono sonó en aquellos instantes. Aurora estaba más cerca y presionó la tecla de contacto.

—¡Marco! — exclamó al ver en la pantalla la cara del joven—. ¡Precisamente ahora estábamos hablando de ti! Papá quiere saber cómo va el T-4.

—Mal — contestó Marco sin rodeos.

—¿Cómo? ¿Ha fallado algo?

—Ha fallado «César». Dejó que entrasen dos individuos y me lo destrozaran a martillazos.

—¡Oh!

Oleg Jansson dijo algo más gordo que un simple «¡Oh!». Levantándose, se acercó al aparato.

—¿Es cierto eso, muchacho? — preguntó.

—Absolutamente cierto, señor —replicó Marco—. Fueron los mismos que entraron una vez a raptarme... pero luego me he enterado de otra cosa no mucho más agradable. ¿Es cierto que su compañía está en dificultades económicas?

Jansson apretó los labios.

—¿Quién se lo ha dicho, Marco?

—Davills, el gerente general de la Innican. Ha estado a visitarme con un contrato fabuloso en la mano.

—No habrás aceptado, ¿verdad? —terció Aurora con ansiedad en la voz.

—Por supuesto —respondió el joven—. Fue él quien me anunció las dificultades... ¿Qué sucede, señor Jansson? ¿Puede decírmelo?

—Puedo, muchacho. La Innican ha duplicado el precio de sus materiales.

Hubo una larga pausa de silencio. Luego, Marco dijo:

—¡Qué bandidos! ¡Nos tienen acogotados, señor Jansson!

—Nada más cierto. Ellos dominan el mercado de los circuitos y, una de dos: o se los construye uno o paga.

—La fabricación de circuitos llevaría mucho tiempo, porque sería preciso levantar una fábrica de nueva planta.

—La Innican lo sabe y por eso aprieta los tornillos. Y como ahora es filial de la I.R y ésta figura en la competencia...

—¿No entra de lleno en las leyes antimonopolio, señor?

—Quizá, pero dilucidarlo llevaría muchísimo tiempo y una cantidad de dinero fabulosa en abogados. Casi valdría más levantar la nueva fábrica.

—Entonces, ¿qué hacemos? Yo pienso seguir adelante, pero no puedo asegurar un plazo límite...

Jansson apretó las mandíbulas.

—Marco, siga adelante — dijo—. Lucharemos hasta el último penique. Puede que cuando lancemos el T-4 estemos vistiéndonos con periódicos viejos... pero, si lo conseguimos, los de la I.R. tendrán que comprarnos los periódicos para vestirse ellos.

CAPÍTULO VII

Llevando un periódico en las manos, Philip se acercó a la señora Bradshaw, notablemente rejuvenecida en los últimos tiempos, y se lo puso delante para que lo leyera.

Helen Bradshaw obedeció. Tras calarse las gafas, se aplicó a la lectura de la noticia enmarcada con trazos de lápiz rojo, hechos por el robot.

Al cabo de unos minutos, levantó la vista y dijo:

—¿Tú crees, Philip? — preguntó.

—Es una inversión absolutamente segura. Y muy rentable, señora.

Helen se pellizcó los labios un momento.

—Tendré que consultarlo con mi esposo —dijo—. Tenemos una cuenta con algo más de tres mil libras... y ya nos pagan un cinco y medio por ciento, Philip.

—Aquí le ofrecen un nueve y medio y el reintegro total a los doce años, con bonificaciones especiales, que se concederán por sorteo. La señora podría recobrar su dinero a los pocos meses y se habría ganado una bonita suma mientras tanto. En el peor de los casos, las tres mil libras, en los doce años, le producirían, sin acumular intereses, tres mil sesenta libras, mientras que, con la inversión actual, sin bonificaciones, sólo le producirán mil setecientas sesenta libras. La diferencia de mil trescientas libras no es de desdeñar, con permiso de la señora.

—Philip, esta es una nueva faceta de tu carácter que yo no conocía —manifestó Helen Bradshaw—. No sabía que entendieses también de finanzas.

El robot se inclinó reverenciosamente.

—Al construirnos, se nos impartieron todo género de conocimientos humanos, señora —contestó.

—Lo consultaré con mi marido —prometió ella.

—Estoy segura de que el señor aceptará su sugerencia, señora.

—La sugerencia es tuya, Philip.

—Perdón, señora. Me disgustaría tener que decirle que se equivoca. Yo sólo me he limitado a enseñarle el periódico.

Helen miró a Philip fijamente.

A veces, le daba miedo.

Cierto que el pánico de las primeras semanas se le había pasado. Gracias a sus consejos dietéticos, seguidos, la verdad sea dicha, más por temor que por

convicción, y porque no había podido deshacerse de él, le habían devuelto, con la salud, la silueta no de veinte años atrás, pero sí la de diez años antes.

Pero, en ocasiones, Philip le parecía un Mefistófeles aconsejando al doctor Fausto. Era un robot, atento, educado...

¿Y si fuera un demonio?

«Un robot-demonio», se corrigió en el acto. Pero no, eso era imposible. Sólo se trata de figuraciones suyas.

¡Philip era el mejor de los robots!

Por la noche, habló con su marido de la nueva inversión.

El señor Bradshaw refunfuñó bastante en un principio.

Acabó por ceder.

El señor y la señora Bradshaw se habían reconciliado hacía mucho tiempo. Ella se había puesto muy guapa en los últimos tiempos y él era un hombre sedentario, de ideas fijas, poco dado a extravíos y devaneos. Su esposa le gustaba más que nunca.

Las tres mil libras que poseían fueron a parar a la «Compañía de Inversiones International & British». Las garantías que presentaba la C.I.I. & B. eran solidísimas.

Merecía la confianza de sus clientes. Aquella noche, en la oscuridad del dormitorio, el señor Bradshaw, satisfecho, anunció a su esposa que pronto, para su cumpleaños, le haría el obsequio por el que ella había suspirado tanto. Helen Bradshaw se sintió más feliz que nunca.

* * *

El circuito analítico-distribuidor llegó a su debido tiempo, junto con otros circuitos complementarios. Tras las primeras pruebas, cosa que Marco siempre hacía, pese a las tarjetas de garantía expedidas por la Innican, se aplicaron al trabajo.

Marco se estremeció cuando le pasaron la factura. Le entraron ganas de poner una buena bomba en el despacho del gerente de la Innican, a quien consideraba culpable de la elevación de precios, pero se contuvo.

— No tengo vocación de anarquista —masculló.

Y pagó.

Las relaciones entre Paul y «César» seguían siendo distantes.

Ambos se evitaban mutuamente.

Si el robot pasaba cerca del perro, se oía un gruñido. «César», por su parte, daba un rodeo para no pasar cerca de Paul.

Marco y Heslar acabaron por no hacer caso de aquella hostilidad mutua entre máquina y animal. Se habían acostumbrado a tal estado de cosas.

Ciertamente, Marco había tratado de conciliar a Paul y «César». Temeroso de que la «piel» de plástico de Paul contuviese elementos alergógenos para el perro, había tomado unas muestras y las había enviado a analizar. Al mismo tiempo, un competente veterinario examinó al perro.

El resultado del análisis no indicó nada que pudiera resultar sospechoso. El examen del veterinario no reveló en «César» sentimientos particular y definidamente hostiles a Paul.

—Los animales son así, señor Legan —dijo, al terminar su examen—. Hacen, o se portan, lo mismo que las personas. El instinto...

Marco no sacó nada en limpio. Sólo sabía que Paul no le gustaba a «César» y que el robot, discreto, evitaba al animal cuanto podía.

Cierto día, cuando ya habían iniciado el montaje de Bob II, llamó un individuo a la puerta.

Era un sujeto joven, de aspecto agradable, bien vestido, con sombrero hongo, paraguas enrollado y una cartera en la mano.

—Buenos días, señor —saludó correctamente—. Permítame que me presente. Soy Martin, representante de la «Compañía de Inversiones Internacional & British». Me agradaría explicarle...

—Entre usted —dijo Marco resignadamente. Le disgustaba tener que despachar a un pobre hombre que quizá necesitaba unas libras de comisión para salir adelante—. Explíquense en qué consiste la inversión que me va a proponer.

Martin sonrió.

—Usted es muy listo, señor — dijo —. Precisamente, la C.I.I. & B. ofrece unas condiciones inmejorables...

Marco escuchó con gran paciencia las explicaciones de su visitante. Cuando éste hubo terminado, dijo:

—Escuche usted, sólo poseo doscientas cincuenta libras, aproximadamente. Puedo arriesgar doscientas, ni una más. Si lo acepta, bien; si no, tan amigos.

—Nosotros no tratamos de exprimir a los clientes, señor Legan — manifestó Martin con amplia sonrisa —. Cada cual invierte lo que cree conveniente para sus intereses particulares. ¿Ha dicho doscientas libras?

—Ni un penique más.

—Por supuesto. Claro que, si un día se sintiera apurado de dinero, podría vender fácilmente sus bonos de inversión; ya se cotizan a ocho coma sesenta y cinco, lo cual puede darle una clara idea de la solidez de la compañía... y de la aceptación que nuestros bonos tienen entre el público. Por supuesto, los bonos que le ofrezco ahora se pagan solamente por el valor nominal...

Martín abrió la cartera y preparó rápida y eficientemente los documentos. Marco le dio un cheque por doscientas libras y recibió el resguardo.

—Dentro de unos días la enviarán los bonos por correo — anunció Martin —. Me siento satisfechísimo de haberle sido útil, señor Legan.

—Ha sido un placer conocerle —dijo Marco, tendiendo la mano a su visitante.

Martin titubeó un instante. Luego aceptó la mano del joven.

—¡Usted es un robot! —exclamó Marco en el acto.

La piel de Martin estaba fría.

—Lo siento, señor Legan —dijo Martin—. La C.I.I. & B. ha creído conveniente emplear robots para visitar a los posibles clientes. No es que nos creamos superiores a los humanos... pero un representante humano se cansa con frecuencia. Nosotros podemos permanecer en pie las veinticuatro horas del día... ¡y hay tantas puertas a las que llamar para ofrecerles nuestros bonos!

—Se comprende, se comprende —murmuró el joven, con una risita de conejo—. En fin, de todas formas, ha sido un placer, señor Martin.

—Ahora que lo sabe, Martin a secas, señor Legan. El placer ha sido mío. Encantado —se despidió el robot.

Martin se dirigió hacia la puerta. «César» gruñó cuando pasaba a su lado.

—¿Muerde?

—No, en absoluto — contestó el joven.

—Se mellaría los colmillos en mis piernas —rió Martin —. Adiós, señor Legan.

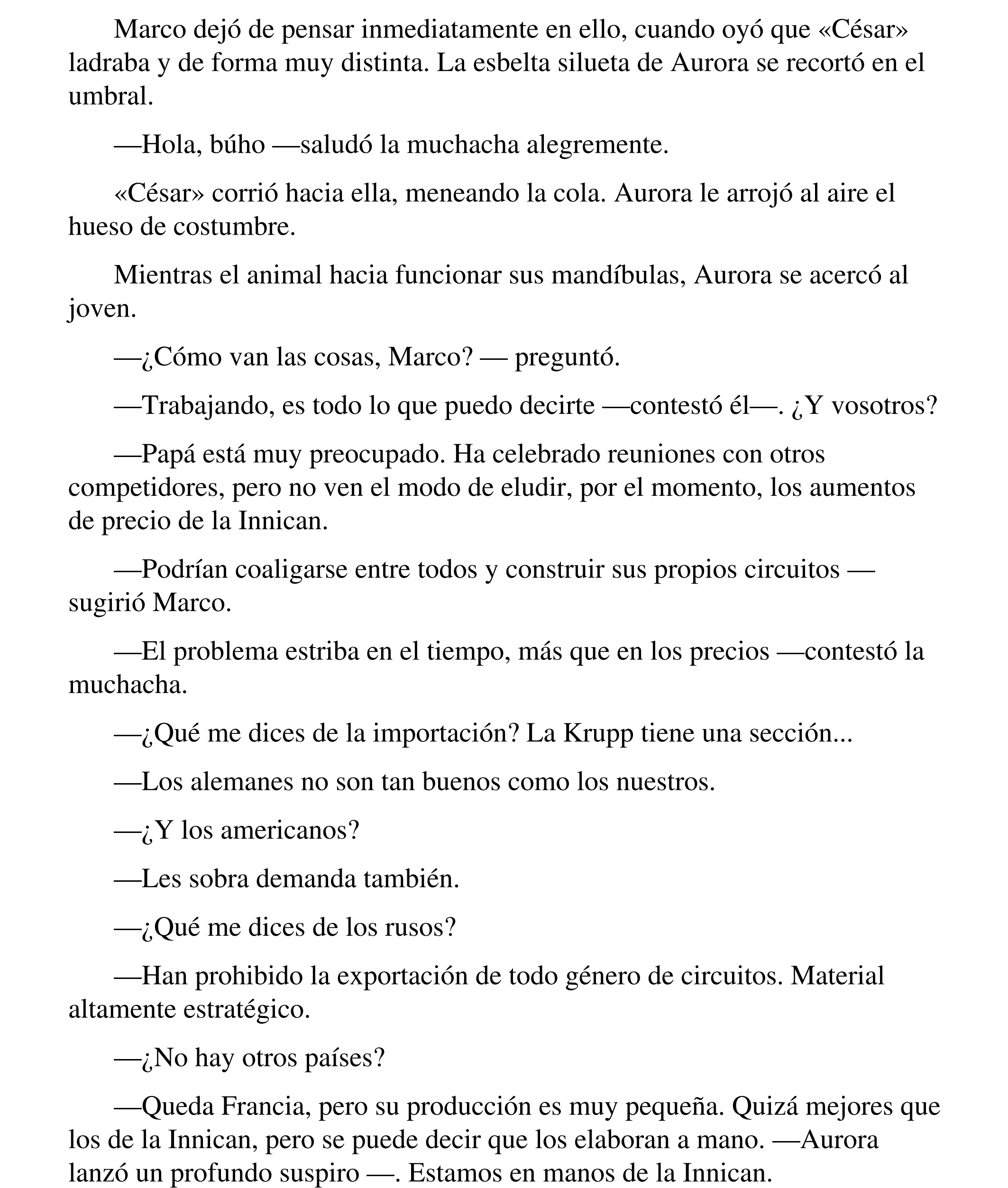
Marco se quedó muy preocupado.

¿Por qué sentía «César» tan viva antipatía hacia los robots?

Ya no se trataba solamente de Paul... ni de Bob I, al que había ladrado con verdadera furia, sino de otro robot

Y, sin embargo, también se mostraba hostil hacia él, aunque no físicamente agresivo.

¿Qué explicación posible había para aquel extraño fenómeno?



Marco dejó de pensar inmediatamente en ello, cuando oyó que «César» ladraba y de forma muy distinta. La esbelta silueta de Aurora se recortó en el umbral.

—Hola, búho —saludó la muchacha alegremente.

«César» corrió hacia ella, meneando la cola. Aurora le arrojó al aire el hueso de costumbre.

Mientras el animal hacia funcionar sus mandíbulas, Aurora se acercó al joven.

—¿Cómo van las cosas, Marco? — preguntó.

—Trabajando, es todo lo que puedo decirte —contestó él—. ¿Y vosotros?

—Papá está muy preocupado. Ha celebrado reuniones con otros competidores, pero no ven el modo de eludir, por el momento, los aumentos de precio de la Innican.

—Podrían coaligarse entre todos y construir sus propios circuitos — sugirió Marco.

—El problema estriba en el tiempo, más que en los precios —contestó la muchacha.

—¿Qué me dices de la importación? La Krupp tiene una sección...

—Los alemanes no son tan buenos como los nuestros.

—¿Y los americanos?

—Les sobra demanda también.

—¿Qué me dices de los rusos?

—Han prohibido la exportación de todo género de circuitos. Material altamente estratégico.

—¿No hay otros países?

—Queda Francia, pero su producción es muy pequeña. Quizá mejores que los de la Innican, pero se puede decir que los elaboran a mano. —Aurora lanzó un profundo suspiro —. Estamos en manos de la Innican.

—Si pasara como en las novelas, yo sería un héroe que, en ocho días, construiría un nuevo circuito analítico-distribuidor y en dos meses levantaría una fábrica capaz de producir cinco mil circuitos diarios a precios ínfimos. Pero nos enfrentamos con la realidad; para que yo pueda construir un circuito, uno solo, necesito tres meses.

—Sí — dijo ella tristemente.

—Y no hablo del inevitable período de pruebas, el diseño y construcción de maquinaria adecuada, elección de terrenos, encargo al arquitecto,

construcción de la fábrica... Con el mayor de los optimismos y derrochando dinero a caño libre, antes de dos años no podría salir al mercado el primer circuito.

—La Innican lo sabe y por eso aprieta los tornillos, Marco.

—Aurora, tu padre debería movilizar a sus abogados. La Innican, me temo, está realizando prácticas monopolísticas.

—¿Cómo? No prohíbe que nadie construya uno o cien circuitos, ni que levante una fábrica para construirlos... Simplemente, se aprovecha de la situación, eso es todo. Vivimos en una economía de mercado libre, querido.

—Libre para robar sin una pistola apuntada al pecho — masculló él.

—Estás cansado y ojeroso —observó Aurora—. Hace meses que no te tomas un solo día de descanso.

—No puedo; el tiempo apremia.

—Si tu salud se resiente, todos perderemos más. ¿Por qué no dejas el trabajo unas horas? Hace un día estupendo; un paseo en barca por el Támesis y luego una buena comida te sentaría maravillosamente. Haz la prueba, te lo ruego.

Marco miró a la muchacha y sonrió.

—¿En compañía de la hija del patrón? —preguntó.

—Justamente.

—El patrón se molestará, si ve que gasto su dinero en convites con su hija —exclamó Marco de buen humor.

—Con no decírselo... ¿Vamos?

—En cuanto me haya lavado y cambiado de ropa. Diez minutos tan sólo, cariño.

Aurora asintió sonriendo. Mientras el joven se cambiaba de ropa, ella se dedicó a jugar un rato con el perro. «César» la quería muchísimo.

CAPÍTULO VIII

El señor Bradshaw regresaba contentísimo a su casa.

Pendiente del brazo izquierdo, llevaba el obsequio de cumpleaños de su mujer. Sabía que Helen suspiraba por... aquello desde hacía mucho tiempo. Al fin, iba a ver satisfecho sus deseos.

La verdad era que en los últimos años, hasta la llegada de Philip, la vida del matrimonio se había convertido en algo rutinario. Desprovista de todo incentivo, Helen se había dedicado a la casa como si fuese un trabajo vulgar y corriente. Había descuidado su aspecto personal y la inactividad, aparte de un apetito desmesurado, la había hecho engordar de una manera muy poco atractiva.

Ahora todo había cambiado. Helen presentaba una silueta agradable, aunque, pese a todo, un poco llenita, pero es que a los cuarenta y cinco años no se podía pedir más. Incluso la casa parecía más acogedora.

El señor Bradshaw llamó a la puerta.

Helen acudió a abrir. Su esposo la encontró encantadora.

—Me he comprado un vestido nuevo —dijo ella, ofreciéndole la mejilla para que la besara.

—Has hecho bien, cariño —dijo él, alargando el cuello. Tenía las manos a la espalda, ocultando el obsequio de cumpleaños—. Cierra los ojos un momento, por favor.

Ella obedeció. Entonces, el señor Bradshaw puso delante de sí una cesta y la abrió.

Un suave maullido salió de ella. Era un precioso gato persa, de color blanco, en torno a cuyo cuello había un gran lazo de color rosa.

—¡Cariño! —exclamó ella, arrobada.

—¿Te gusta? — preguntó él, sonriendo.

—Es precioso. Oh, mi vida, ha debido de costarte mucho dinero...

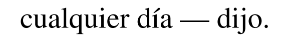
—¿Qué importa eso ahora? Todo se lo merece mi mujercita encantadora. Helen, estás guapísima.

Ella se esponjó. Con el gato en brazos, dio una vuelta por la sala.

—Ya no soy una jovencita, pero aún te gusto, ¿verdad?

Le miró insinuantemente. Los ojos del señor Bradshaw bailaron en sus órbitas.

—Tendré que atarte por un tobillo para que no te escapes por ahí


cualquier día — dijo.

En aquel momento, entró Philip.

—Perdonen los señores — dijo —. Con motivo de la festividad, me he permitido prepararles un «cock-tail» para antes de la cena...

Se oyó un largo, aterrador maullido. Parecía, a la vez, el gemido de un alma en pena y el chillido de un diablo colérico.

El gato saltó de pronto de brazos de la señora Bradshaw. Bufando furiosamente, dio dos saltos más en el suelo y luego inició el último, con una potencia enorme, las cuatro patas separadas, con las garras extendidas y la boca abierta en una mueca feroz. Todos sus pelos estaban erizados, rígidos, constituyendo un espectáculo singular.

Por un instante, los dos esposos creyeron que el animal alcanzaría su objetivo. De repente, el brazo derecho de Philip se movió para rechazar el ataque del felino.

El gato, en su último salto, se hallaba ya a la altura del pecho del robot. Philip movió el brazo derecho en semicírculo, aparentemente sin esfuerzo, y alcanzó al gato en medio del cuerpo, volando, todavía, sin ningún punto de sustentación para rechazar el contraataque.

El gato voló catapultado por los aires con una potencia terrorífica. Se oyó un estremecedor maullido, que quedó cortado en seco cuando el cuerpo del animal, literalmente, se estrelló contra uno de los muros tan delicadamente empapelados.

Se oyó un siniestro «craack» y luego un flojo «plop». El cuerpo del felino quedó inmóvil en el suelo. En el papel de florecitas silvestres se veía un rojo chafarrinón de sangre.

Helen Bradshaw no lo pudo resistir y se desmayó.

—Ruego al señor me dispense —dijo Philip educadamente—. Lo que hice fue un movimiento de legítima defensa...

El señor Bradshaw apenas podía hablar. Estaba sosteniendo a su esposa, que pesaba un rato. Philip se acercó a él cortésmente.

—Permítame, señor — pidió.

El robot transportó en brazos a la señora Bradshaw hasta su habitación. Una vez allí, le dio a oler las sales contenidas en un frasco. Cuando vio que recobraba el sentido, se alejó discretamente, dejando solos a los dos esposos.

Helen lloró largo rato después de despertarse. El señor Bradshaw trató de consolarla.

—Te compraré otro gato, ya verás...

—Es inútil —gimió ella—; no soportaría a Philip.

—Entonces, venderemos a Philip.

—No podemos, querido; recuerda las cláusulas del contrato.

El señor Bradshaw apretó las mandíbulas.

—Tal vez la solución estriba en traer el gato recién destetado. Así se acostumbraría más fácilmente a Philip. Un perro y un gato adultos nunca conviven, pero si se les habitúa a estar juntos desde pequeños, luego se hacen los mayores amigos del mundo. Lo mismo podría ocurrir con Philip y el nuevo gato.

—No lo intentes, querido —dijo Helen—. Me resignaré a no tener gato. A fin de cuentas, un gato no podría hacerme las labores de la casa.

El señor Bradshaw asintió.

Luego se preguntó por qué el animal se había sentido de repente tan furioso apenas divisó a Philip.

Era algo incomprensible.

De repente se le ocurrió una idea que le dejó sumamente pensativo.

Era muy posible que Philip los quisiera para él solo, sin compañía de ningún otro ser viviente, ya fuese perro, gato o cualquiera otro distinto.

La idea le hizo estremecer.

«Nos quiere para él... Él nos sirve, nos ayuda, nos hace la vida fácil, nos evita numerosos trabajos... pero somos suyos. Él es nuestro amo.»

Aquella noche, el señor Bradshaw no pudo dormir.

* * *

Una pieza se estropeó de repente, cuando todo parecía avanzar satisfactoriamente, en la construcción de Bob II y, tras algunos juramentos poco académicos, expresados a dúo por Marco y Heslar, acordaron encargarla al fabricante.

Resultó que el fabricante había abandonado el negocio. Un empleado, que liquidaba los últimos restos de la empresa, les informó de adonde podrían dirigirse para encargar la pieza.

Es hacer un chiste malo, pero Marco se quedó de una ídem cuando se enteró de la noticia. Era Heslar el que había telefoneado y vino hacia él con un inequívoco aire de abatimiento.

—Hay que encargarla a la Innican — dijo.

—¡Maldición! —volvió a jurar el joven—. ¿Es que esa condenada factoría se ha convertido en un pulpo?

—El pulpo es la I.R., pero eso no resuelve ahora nuestra situación — dijo Heslar sensatamente.

—Tienes razón. Yo mismo telefonearé a la Innican.

Marco subió al despacho. Cuando bajó, tenía la cara tan blanca como el papel.

—¿Qué pasa? — preguntó Heslar.

—No tienen piezas de esa clase en existencia —dijo el joven.

—¡Rayos! —Ahora le tocaba jurar a Heslar.

—Resulta que los analistas examinaron una serie de dichas piezas y encontraron un defecto estructural, que aconsejó su destrucción y nuevo planeamiento. Ahora están preparando la nave de montaje, de acuerdo con los diseños corregidos... y tardarán casi seis meses en iniciar la producción.

Heslar estuvo a punto de desmayase.

—¡Qué bandada de buitres! —murmuró —. Bueno, Marco, parece que tendremos que apechugar nosotros mismos con el problema y construir la pieza a partir del primer tornillo.

Marco asintió.

—Así tiene que ser. Perderemos casi un mes, pero no queda otro remedio. —Frunció el ceño con aire preocupado —. Me pregunto dónde diablos puede estar ese pretendido defecto.

—A nosotros se nos estropeó, ¿no?

Marco alargó la mano.

—Dámela —dijo—. Nos hemos dado cuenta de que no funciona, pero creyendo que tendríamos el repuesto en el acto, no nos hemos preocupado de averiguar en qué consiste el defecto. La examinaré al microscopio.

Heslar continuó su trabajo, mientras Marco se afanaba por descubrir los fundamentos de la avería. A media tarde, creyó haber hallado la solución.

Bajó a la planta. Paul andaba por allí, barriendo las virutas del suelo. Cada vez que la escoba se acercaba a «César», el animal se alejaba gruñendo.

—¡Paul! —llamó Marco.

El robot suspendió su trabajo y se acercó al joven.

—¿Señor?

Marco alzó la mano derecha. Sostenida por el índice y el pulgar se

divisaba una diminuta pieza electrónica.

—¿Sabes qué es esto? — preguntó Marco.

—Sí, señor. Una resistencia.

—La indicación de servicio asegura está calculada para una intensidad de corriente de una décima de voltio, como máximo. Ha recibido una descarga de medio voltio. Por tanto, se ha fundido.

—¡Imposible, señor! —exclamó el robot—. Yo mismo verifiqué el transformador...

«César» empezó a ladrar de pronto. Marco y Heslar se volvieron hacia el animal.

—¿Viene alguien? — murmuró el ayudante.

Pero el perro ladraba a Paul. Plantado ante él, con la cola tiesa y el vello del lomo erizado, ladraba furiosamente, como increpando al robot.

—Vamos, «César» —dijo en tono persuasivo—. Cálmate; no sé por qué tienes que ladrar a Paul. A fin de cuentas, no es más que una máquina...

El animal se calmó poco a poco. Después de unos cuantos gruñidos, consintió en salir al patio, en donde se tendió sobre la hierba, en una sombra propicia.

Aquella noche, Marco se sintió desvelado.

No eran sólo los problemas técnicos los que le preocupaban.

Había algo más. Le resultaba incomprensible la extraña enemistad de «César» hacia el robot.

El animal no discernía. Sentía tan sólo por mero instinto.

Desde el primer día, había sentido antipatía hacía Paul. Se preguntó a qué se debía un hecho tan extraño que, en apariencia, no tenía explicación.

Harto de dar vueltas por la cama, encendió un cigarrillo y se puso en pie. Calzado con las zapatillas, se acercó a la ventana y miró a su través.

Hacía una noche despejada y la luna estaba en plenilunio. Desde la ventana podía divisar una gran extensión del patio con toda claridad.

«César» daba vueltas lentamente, vigilando los edificios. De repente, se detuvo rígido, con las orejas en alto y el rabo tieso.

Una sombra se destacó de la masa oscura del edificio. Marco se quedó de piedra al reconocer a su robot.

Paul llevaba en la mano un grueso garrote. Lenta y cautelosamente se acercó al perro, que continuaba en el mismo sitio.

De repente, Paul descargó el golpe. «César», ágilmente, saltó a un lado. Paul intentó golpearle de nuevo, pero erró las dos veces siguientes. El robot pareció desistir de su intentó y regresó al cobertizo.

Marco se dio cuenta de que el animal no había ladrado durante el ataque. Parecía como si «César» quisiera resolver aquel asunto por cuenta propia, sin pedir ayuda a nadie. Poco a poco, el perro retrocedió, sin perder de vista la puerta del cobertizo, en cuyo interior había desaparecido el robot.

Las preocupaciones de Marco aumentaron.

— Tendré que tomar una decisión — se dijo —. O Paul o el perro.

Al día siguiente se enfrascó tanto en la tarea, que casi llegó a olvidar el incidente. A mediodía, suspendió el trabajo para tomar un bocadillo.

Heslar vino de la casa con dos botellas de cerveza y un plato de emparedados. Los dos hombres empezaron a comer en el mismo sitio de trabajo.

«César» les miraba, a la vez que meneaba la cola.

—Ori — dijo Marco —, nos hemos olvidado de la comida de «César».

—Es verdad —reconoció el ayudante—. Paul, haz el favor de traer la comida para el perro.

—Al momento, señor —contestó el robot.

Paul volvió minutos después, con un plato lleno de comida especial para perros, que dejó en el sitio acostumbrado. «César», después de que el robot se hubo alejado, caminó lentamente hacia el plato, lo olfateó con gran atención y acabó por dar media vuelta, sin probar siquiera su contenido.

Marco frunció el ceño. ¿Se agudizaba la antipatía de «César» hacia el robot?

Una súbita idea se le ocurrió de repente.

—¡Paul! — llamó.

—¿Señor? — contestó el robot.

—Haz el favor de ir a casa y traer otras dos cervezas. El señor Heslar y yo tenemos más sed.

—Sí, señor.

Heslar se extrañó de aquella petición. Su botella de cerveza estaba apenas mediada.

—Pero...

—Calla —dijo Marco en voz baja, pero de tono imperativo.

El joven continuó en actitud normal, hasta que Paul hubo cruzado la puerta del cobertizo. Luego, con un sobrecito de plástico, de los que servían para contener y proteger pequeñas piezas de repuesto, corrió hacia el plato.

Heslar contemplaba los actos del joven lleno de perplejidad. Marco puso en la bolsita una cantidad de comida equivalente a dos cucharadas, procurando coger muestras de distintos puntos del plato, hizo un nudo en la boca del diminuto saco y se lo echó al bolsillo.

—Marco —gruñó Heslar—, ¿qué rayos pasa?

—Quiero que alguien analice estas muestras de comida que he tomado —contestó el joven—. Envié a Paul a la casa, porque no quería que me viese. ¿Sabes que esta noche intentó matar al perro a garrotazo limpio?

Heslar abrió la boca de par en par.

—¡Rayos! — exclamó.

—Como lo oyes... Cuidado, ahí viene Paul. Disimula.

Heslar ardía de ira en su interior. ¡Verse obligado a disimular ante un robot! «¿A dónde diablos hemos llegado?», pensó furiosamente.

En la primera ocasión que tuvo, Marco envió las muestras a un laboratorio para su análisis.

El examen fue concluyente: la comida contenía veneno para matar a media docena de perros como «César».

CAPÍTULO IX

Aurora Jansson se dirigía hacia el cobertizo cuando, de repente, desde su coche, divisó a una persona parada en la acera.

Era una dama de media edad y agradable aspecto, que parecía esperar un taxi. Aurora la reconoció.

Paró su coche junto a la acera y abrió la portezuela.

—¡Tía Helen! — llamó.

La señora Bradshaw se inclinó un poco. Llevaba unos cuantos paquetes en las manos.

—¡Pero si es mi sobrina Aurora! —exclamó—. ¿Qué es de tu vida, muchacha?

—Sube al coche, tía. Me figuro que estás esperando un taxi y a estas horas es difícil encontrar uno vacío. Te llevaré a tu casa.

Helen se acomodó en el asiento, al lado de la muchacha.

—No nos vemos mucho, ¿verdad? —dijo con una

risita.

—Tío John es un poco orgulloso —manifestó la muchacha —. Papá quiso ayudarle en más de una ocasión, pero él rechazó siempre sus ofertas.

—Sí —reconoció la señora Bradshaw—, es preciso admitir que tu tío es un tanto independiente. Parece un hombre vulgar, pero tiene su geniecillo. De todas formas, no me puedo quejar de él. Gana un buen sueldo y... ¿Cómo van vuestros asuntos?

—Así así —contestó Aurora evasivamente—. Oye, tía, ¿sabes que te encuentro muy guapa? ¿Has estado en algún instituto de belleza para rejuvenecerte?

Helen se esponjó.

—Nada de eso, querida — repuso —. Todo se lo debo a Philip. Es mi robot —se apresuró a aclarar.

—Ah — dijo la muchacha.

—Por cierto, no procede de vuestra fábrica. Es un G-30, nada menos.

—Nuestros modelos son un poco anticuados. Tratamos de mejorarlos. ¿Qué tal resultado da el G-30?

—Bien, no podemos quejarnos, aunque...

Aurora volvió un instante la cabeza para mirar a su tía. Helen aparecía

preocupada.

—¿Te sucede algo? — preguntó, volviendo de nuevo su atención a la conducción del vehículo.

—Se trata de Philip —contestó la dama—. A veces, se porta de un modo un tanto raro...

—Algún circuito descompensado —sugirió la muchacha —. ¿Por qué no haces que lo examine un buen técnico?

—Ya lo pensé, pero Philip dijo que no era necesario.

—Ah, lo dijo el mismo robot.

—Sí. Nadie mejor que él para saber si tiene o no algún defecto, ¿no te parece?

—Tía, me da la sensación de que no te encuentras del todo a gusto con tu... Philip — dijo la muchacha.

Helen se reclinó en el respaldo del asiento.

—Es difícil de explicar — contestó.

—¿Por qué no me cuentas tus problemas? — pidió Aurora—. Escucha, tía, yo conozco a un joven, que entiende de robots como el que más. Tal vez él podría ayudarte, si de veras tienes dificultades con Philip.

Helen asintió.

—Está bien. Te lo contaré todo — dijo.

* * *

El ladrido que soltó «César» era de un tono inconfundible.

—Ya está ahí la hija del patrón —murmuró Heslar.

Marco abandonó su trabajo. Aurora apareció en el umbral de la puerta.

—¡Hola! — saludó alegremente. Durante unos minutos, dedicó su atención al perro. Luego se acercó a la pareja—. ¿Cómo van las cosas?

Antes de contestar, Marco miró a derecha e izquierda. Heslar dijo:

—Paul no está ahora. Anda preparando la comida.

—¿Qué pasa? — preguntó Aurora, intrigada —. ¿A qué vienen esos misterios? Cualquiera diría que tienen miedo de Paul.

—No andas muy descaminada, muchacha —contestó Marco —. Está sucediendo algo raro.

—¿Quieres contarme de una vez, Marco?

—Te lo diré en cuatro palabras. Paul, por dos veces, ha intentado matar a «César». Ahora, después de lo que he visto, ya no me queda la menor duda de que fue él quien destrozó a martillazos a Bob, el que iba a ser prototipo del T-4.

Aurora se quedó atónita.

—¡Dios mío! ¡Eso es... increíble! —exclamó.

—A cualquiera que se lo cuentes, en efecto, le parecerá increíble, pero es totalmente verídico. Francamente, no sé qué hacer. Empiezo a comprender en parte la antipatía de «César» hacia Paul.

La muchacha se mordió los labios.

—Oye, ¿sabes que conozco a quien le ha pasado algo parecido? —dijo.

—¿Sí? ¿Quién es? —preguntó Marco ávidamente.

—Se trata de mi tía Helen Bradshaw. Es la hermana menor de mi madre. Su esposo es bueno, aunque un tanto raro, y no tenemos por ello demasiado trato familiar. Hoy me la he encontrado casualmente y hemos comentado muchas cosas, entre ellas, sus problemas con el robot que tiene.

—¿Qué tipo es, Aurora?

—Un G-30.

Marco meneó la cabeza.

—Paul está construido por mis propias manos —dijo—. Es, aunque no lo parezca, muy distinto al robot de tu tía Helen.

—¿De veras? Paul quiso matar a «César». Philip, el robot de tía Helen, mató a su gato persa.

Marco y Heslar pegaron un bote simultáneo.

—Cuente, muchacha — pidió el ayudante.

—Sí, cuéntanos lo que pasó —concordó Marco—. Tenemos sumo interés en saber lo ocurrido.

Aurora relató a los dos hombres todo cuanto su tía le había comunicado. Al terminar su relato, miró a Marco expectantemente.

—Resultaría interesante una visita tuya para examinar a Philip — aconsejó.

—Un momento —dijo él—. En algunas fases, el comportamiento de Paul y Philip resulta análogo. ¿Dices que fue el propio Philip quien aconsejó a tu tía Helen la compra de los bonos de la C.I.I. & B.?

—Sí, así fue.

—Es curioso —murmuró el joven—. Otro robot me visitó a mí y logró convencerme para que comprase doscientas libras en bonos de esa compañía.

—¿De veras necesitabas hacer esa inversión? — preguntó Aurora.

—No, pero en los primeros momentos no me di cuenta de que era un robot. Pensé que se trataba de un sujeto a quien le vendrían muy bien los pocos chelines que recibiría por la comisión y... Bueno, sólo cuando nos despedimos advertí que se trataba de un robot. Pero lo que más me preocupa es la muerte del gato persa.

—Mi tía se desmayó. Asegura que el gato, apenas vio a Philip, se puso furiosísimo y saltó hacia él con ánimo de atacarle. Philip se defendió bien, es preciso admitirlo.

—¡Qué curioso! —murmuró el joven—. Pero no hay apenas puntos de contacto entre Philip y Paul..., me refiero a su construcción, claro.

—¿Estás seguro, Marco? — preguntó Heslar de repente.

Los dos jóvenes se volvieron hacia Heslar.

—¿Qué quieres decir? — preguntó él.

—Marco, se supone que Philip está gobernado por un circuito analítico-distribuidor.

—Sí, claro, como todos los robots.

—Los G-30 son fabricados por la I.R. ¿Quién les suministraba los circuitos analíticos-distribuidores?

—La Innican, naturalmente.

—¿Quién te vendió a ti el circuito analítico-distribuidor que colocaste en Paul?

—La Innic...

Sobrevino una densa pausa de silencio. Transcurrió casi un minuto antes de que Marco lo rompiera, diciendo:

—Paul y Philip están gobernados por sendos circuitos de idéntica construcción.

—Exactamente eso es lo que yo quería sugerirte, Marco — declaró Heslar con gran amabilidad.

* * *

—Es posible que vengan a revisar a Philip —dijo la señora Bradshaw.

El señor Bradshaw enarcó las cejas.

—¿Revisar a Philip? ¿Por qué? Yo le encuentro en perfecto estado...

—John, querido, el hombre que va a venir es de absoluta confianza. Me lo garantiza mi sobrina Aurora Jansson.

—Ah, la hija del que fabrica otro tipo de robots. Seguramente, vendrá a espiar...

—John, si la Jansson quisiera espiar la construcción de los G-30 no necesitaría enviar aquí a uno de sus técnicos. Le bastaría comprar un robot y desmenuzarlo en sus laboratorios.

—Bueno, Philip tiene algunas rarezas, pero no veo por qué ha de examinar al robot.

—Acuérdate, Philip mató al gato.

—El gato se volvió furioso al verle. Encuentro muy natural que el Philip se defendiera.

—A pesar de todo, quiero que lo examine. —Helen se ponía cada vez más nerviosa a medida que avanzaba el diálogo—. Estoy muy contenta con Philip... pero me parece que he perdido mi libertad desde el día en que apareció por la puerta de esta casa.

El señor Bradshaw se quedó callado.

Cuando Philip mató al gato, había llegado a pensar en que estaban convirtiéndose en los esclavos del robot. Los días habían pasado y la idea se había suavizado progresivamente hasta casi desaparecer, pero las palabras de su mujer la hacían surgir de nuevo en su mente.

—Está bien —dijo al cabo—. Si lo crees necesario, que venga ese técnico y que examine a Philip.

—Con permiso de los señores. Lamento tener que decir al señor que la visita de un experto en cibernética a esta casa no es deseable ni aconsejable. Mi estado de salud... robótica es perfecto.

El señor y la señora Bradshaw se quedaron helados.

Philip había entrado en la habitación sin que lo advirtiesen, sorprendiéndoles en su conversación. Helen, sin embargo, fue la primera en reaccionar.

—¡Philip! — saltó —. ¿Cómo te atreves a escuchar nuestras conversaciones? ¡Esa es una falta de respeto que no estoy dispuesta a tolerar!

—Ruego a la señora se sirva excusarme —dijo Philip humildemente—

Sin embargo, habrá de permitirme le diga que nada de cuanto pueda concernir a mi futuro puede serme indiferente.

—¡Sólo queríamos que te examinara un técnico de elevada reputación!

—Mi estado es perfecto, señora. Con el permiso de la señora, la cena está servida.

Philip dio media vuelta y se alejó hacia la salida. Los dos esposos parecían helados.

El señor Bradshaw fue el primero en reaccionar.

—¡Philip!

—¿Señor? — contestó el robot, volviéndose hacia él.

—¿Qué cena has preparado para esta noche?

—Sopa, lenguado hervido con salsa de almendras y fruta.

El señor Bradshaw hizo un colérico fruncimiento de cejas.

—¿Qué día de la semana es hoy, Philip?

—Jueves, señor.

—Philip, sabes perfectamente que los jueves toca cordero asado con puré de patatas y zanahorias. ¿A qué viene, pues, esa variación en el menú?

—El cordero asado es un plato demasiado fuerte para tomarlo en la cena. Con el permiso del señor, me he tomado la libertad de preparar un menú más adecuado a los regímenes dietéticos del señor y la señora. Con su permiso, señor; la sopa se está enfriando.

Bradshaw se quedó con la boca abierta. Helen parecía estupefacta.

—¡Lenguado hervido! — farfulló el dueño de la casa.

—Pues mira, el régimen que me indicó, a mí me fue muy bien... —intentó Helen defender al robot.

—¡Él es una máquina y ninguna máquina tiene que decirme lo que he de comer o no comer! —vociferó el iracundo señor Bradshaw. De repente, pareció volver a la ecuanimidad —. Helen — dijo en voz baja—, el robot se está convirtiendo en nuestro dueño.

Ella asintió en silencio.

—No podemos seguir así —continuó el señor Bradshaw—. No... no es por orgullo, pero yo no he nacido para ser esclavo de nadie y menos de una máquina.

—Sí, pero, ¿qué solución darle? — gimió la señora Bradshaw.

El señor Bradshaw mordió la pipa con furia.

—No lo sé, pero te aseguro que la encontraré — contestó—. ¡Ya lo creo que la encontraré!

Helen miró a su esposo.

Aunque por un lado se sentía muy contenta con Philip, por otra notaba que el robot se apoderaba de sus voluntades, obligándoles a hacer cosas que, si bien podían resultar beneficiosas, no eran realizadas por propia voluntad.

Simplemente, Philip les estaba conduciendo por un camino cuyo término no podían divisar todavía. Sin embargo, podían presumirlo fácilmente: era el fin de su libertad de humanos.

CAPÍTULO X

Marco y Heslar intercambiaron una mirada de inteligencia. El segundo dijo.

—Paul, por favor, alcánzame ese destornillador.

—Al momento, señor.

El robot giró un cuarto de vuelta. Su espalda quedó por unos momentos frente a Marco, quien no desaprovechó la ocasión.

La mano del joven se movió velozmente. Presionó el interruptor y Paul se quedó inmóvil, con el brazo derecho estirado hacia el destornillador que no había tenido tiempo de coger.

Heslar lanzó un perceptible suspiro de alivio.

—¡Uf! ¡Pensar que unos humanos hayan de recurrir a tales procedimientos para adueñarse de un robot!

—Vamos —dijo Marco—, déjate de comentarios. Hemos de poner manos a la obra inmediatamente.

Heslar despejó una mesa. Luego hizo correr una grúa deslizante a lo largo de una viga y situó el aparejo justo sobre Paul. El peso del robot era triple del de un humano corriente.

La grúa elevó fácilmente la estructura mecánica ahora inerte. Heslar hizo correr el aparejo suavemente hasta depositar al robot sobre una mesa de tamaño y resistencia adecuados.

Inmediatamente, comenzaron a trabajar. Marco no perdió el tiempo; con un cuchillo, rasgó las ropas que conferían un aspecto humano al robot y dejó su pecho y vientre al descubierto.

En aquel momento, llegó Aurora.

—¿Qué estáis haciendo? — preguntó la muchacha, después de recibir los habituales agasajos de «César».

—Acuérdate de lo que hablamos hace dos días — contestó Marco —. Heslar y yo hemos decidido, por fin, verle las «tripas» a Paul.

—Entiendo —murmuró ella—. ¿Os importa que me quede?

—Por supuesto que no, querida.

Heslar estaba desatornillando ya la tapa que simulaba un pecho humano con toda propiedad. En pocos minutos, el interior del robot quedó al descubierto.

Los dos hombres trabajaron rápida y eficientemente. A la muchacha le

recordaban unos médicos en el quirófano, practicando una operación de gran envergadura.

Una hora después, Marco, exhibió una pieza mano en alto.

—¡Por fin!

Tratábase de una caja negra, de unos veinte centímetros de largo, por quince de anchura y doce de grosor. Numerosos cables, sumamente finos, salían de distintos puntos de su estructura. La finura de los cables, perfectamente aislados por otra parte, era extremada; había centenares de ellos.

Era el «corazón» del robot. El cerebro analítico-distribuidor, la pieza que recibía las impresiones tanto visuales como auditivas, así como las sensoriales y que, tras analizarlas en milésimas de segundo, las distribuía a los circuitos secundarios.

Cada impresión recibida por el robot, ya fuera visual, auditiva o meramente sensorial, actuaba a modo de una pregunta que era analizada por aquella pieza, la que decidía, en un brevísimo espacio de tiempo, qué circuito debía dar la respuesta adecuada. Una vez hallada dicha respuesta, el impulso electromagnético en que viajaba, pasaba de nuevo por el circuito analítico-distribuidor, el cual ordenaba qué miembro del robot debía actuar de forma definitiva, completándose así el círculo de la orden recibida de un humano.

—Aquí está el intríngulis de todas esas cosas raras que pasan —dijo Heslar—. ¿Levantamos la tapa?

Marco vaciló un momento.

—¡Espera! —dijo—. Quiero hacer una prueba. ¡«César»!

El perro acudió de inmediato, meneando la cola. Marco se volvió hacia él y le enseñó la caja negra.

Un sordo gruñido se escapó inmediatamente de la garganta del can. «César» retrocedió un par de pasos, enseñando los dientes.

Aurora estaba pasmada.

—¡Marco, la antipatía del animal es hacia esta caja y no hacia el robot! —exclamó.

—Eso es lo que hemos podido comprobar —contestó el joven con acento sombrío—. Pero aquí adentro no hay ningún animal...

—Sólo un circuito, tal vez impreso con ciertas instrucciones, que no constan en la hoja de servicio —dijo Heslar.

Marco se volvió hacia su ayudante.

—¿Tú crees? —preguntó, con acento preocupado.

—Si esa no es la explicación, no encuentro otra — contestó Heslar.

—Un circuito impreso con determinadas instrucciones... — repitió Marco meditabundamente—. ¿Dónde, Ori?

—En la Innican, por supuesto.

—Sí, pero ¿con qué fines?

Hubo una pausa de silencio. De pronto, Aurora exclamó:

—¡Por qué no lo analizas, Marco? Es decir, si puedes hacerlo.

—¡Claro que puedo! —contestó el joven—. Tengo ahí un analizador-repetidor de circuitos, que me sirve para comprobar los que compro ya hechos.

—Lo que pasa es que no lo usamos apenas, fiados en las garantías de la Innican — dijo Heslar.

—Sí, pero ahora ya no es posible fiarse de esos bribones — masculló el joven.

—Marco, ese aparato tuyo, ¿puede reproducir todas las instrucciones reproducidas en el circuito?

—Por supuesto. A veces, se estropea un robot. Una vez localizado el punto de avería, se extrae el circuito correspondiente y se examina con el analizador. En muchas ocasiones, un ligerísimo aumento de tensión origina una alteración en las instrucciones grabadas y...

—Vamos, no hables tanto y examínalo—gruñó Heslar impaciente.

—Bueno, primero hay que levantar la tapa. Dame un destornillador, por favor.

Heslar le entregó la herramienta. Entonces, con gran asombro, Marco se percató de que la tapa estaba o parecía sujeta a presión, sin tornillos.

—Es raro —comentó, mientras daba vueltas a la caja en todos los sentidos.

—Esta tapa cierra a presión —indicó Heslar—. De este modo, se ahorran unos tornillos, pero más que el material, interesa suprimir unos pedazos de metal que pueden originar alteraciones electromagnéticas en las indicaciones del circuito.

—Sí, es cierto.

La caja era de plástico, a fin de evitar contactos perniciosos. Marco buscó las líneas de separación entre la tapa y el resto de la caja, la cual era apenas visible, y luego forcejeó con el destornillador.

—Es posible que, además, esté soldada —masculló. De pronto, se oyó un

chasquido—. Bueno, ya está.

Hizo el último esfuerzo y levantó la tapa con el mismo destornillador. En aquel instante se oyó una sorda explosión.

Una densa nube de humo brotó de la caja en el acto, junto con algunas llamaradas. Heslar pegó un bote, que le llevó a dos metros de distancia.

Marco soltó la caja, como si se le hubiese convertido repentinamente en una serpiente venenosa. El artefacto cayó al suelo, donde continuó ardiendo.

—¡El extintor! — gritó.

Heslar corrió hacia uno de los muros y regresó con el extintor. Dio media vuelta a la válvula y encaró el orificio de la manguera hacia la caja.

La espuma apagó el fuego en segundos. Marco juraba entre dientes, echando pestes de la Innican y de sus altos cargos.

Al cabo de unos momentos, Heslar pudo rescatar la caja de la montaña de espuma bajo la cual yacía. Sacudió el artefacto y sopló para liberarlo de los últimos restos de la sustancia ignífuga.

Después dijo una palabrota.

El interior de la caja era una masa de metal fundido, en donde no se podía distinguir nada apreciable. Incluso la caja se había deformado a causa del calor.

Ya no había allí cables, ni circuitos ni piezas de ninguna clase. Todo se había fundido en una pelota de metal, de la que no se podía extraer el menor detalle.

Marco y Heslar se miraron en silencio. Aurora no sabía qué decir.

Al cabo de unos momentos, Marco dijo:

—Empiezo a sospechar algo más turbio que un monopolio industrial.

Heslar movió lentamente la cabeza, aprobando las palabras del joven.

—Pienso lo mismo —concordó.

—¡Marco! — exclamó Aurora —. ¿Qué es lo que tratas de sugerir?

El joven se volvió.

—Es demasiado horrible para expresarlo con palabras — contestó.

Ella palideció. También empezaba a comprender.

—¿Dirás algo? — inquirió.

Marco sacudió la cabeza.

—Por el momento, creo que lo mejor es guardar silencio. No son más que

suposiciones nuestras, con una buena parte de fundamento, pero sin ninguna prueba a nuestro favor.

—Sí, pero algo hay que hacer —dijo Heslar con vehemencia—. No podemos consentir que la cosa siga adelante...

—¿Scotland Yard? — sugirió Aurora.

—No. Es demasiado pronto, creo —dijo Marco.

—¿Entonces...?

El joven reflexionó unos momentos.

—Creo que convendría realizar una acción exploratoria antes de tomar una decisión definitiva —dijo al cabo.

—¿Explorar? ¿Dónde? — preguntó la muchacha.

—En la Innican, naturalmente.

* * *

Marco detuvo su coche en la explanada de estacionamiento de la factoría y contempló el panorama que se abría ante sus ojos, durante unos momentos, antes de apearse.

Hacía años que no había estado en aquel paraje. Movió la cabeza con signos de evidente admiración.

—¡Cuánto ha cambiado eso! —murmuró—. Se nota que han progresado... lo que significa que el dinero les ha llegado a millones.

Abrió la portezuela y saltó al suelo. Había postes indicadores, con rótulos que marcaban la ruta a seguir para las distintas secciones de la enorme factoría.

Marco buscó la administración. Entró en un despacho y entregó su tarjeta a una linda secretaria.

—¿Para ver al doctor Syllabartz? —preguntó la muchacha.

—En efecto — contestó el joven.

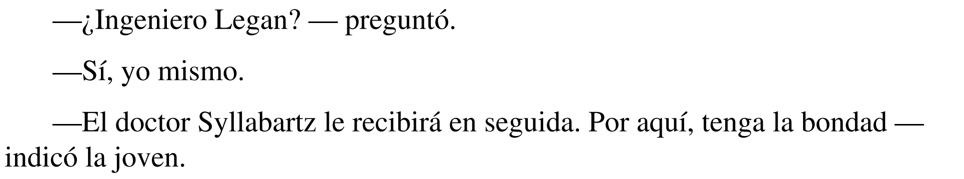
—No sé si el doctor podrá recibirle...

—Estoy seguro de que sí — sonrió Marco —. Pásele o haga que le pasen mi tarjeta, eso es todo lo que necesito.

—Bien, señor, lo haré.

La secretaria se levantó y pasó a un despacho contiguo. Marco se sentó, poniendo sobre sus rodillas la cartera de mano que había llevado consigo.

Otra muchacha salió al cabo de unos minutos.



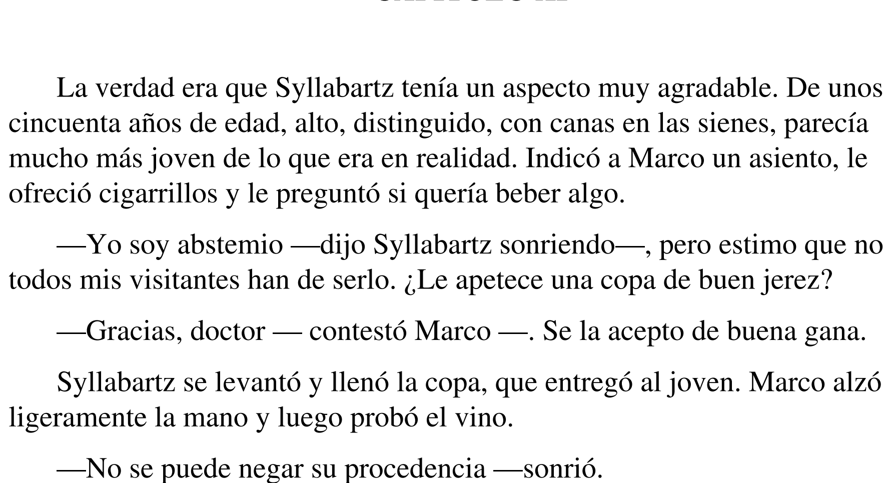
—¿Ingeniero Legan? — preguntó.

—Sí, yo mismo.

—El doctor Syllabartz le recibirá en seguida. Por aquí, tenga la bondad — indicó la joven.

Marco se puso en pie. Por fin, se dijo, iba a ver al ogro en su guarida.

¿Debía considerar a Syllabartz como a un ogro?



CAPÍTULO XI

La verdad era que Syllabartz tenía un aspecto muy agradable. De unos cincuenta años de edad, alto, distinguido, con canas en las sienes, parecía mucho más joven de lo que era en realidad. Indicó a Marco un asiento, le ofreció cigarrillos y le preguntó si quería beber algo.

—Yo soy abstemio —dijo Syllabartz sonriendo—, pero estimo que no todos mis visitantes han de serlo. ¿Le apetece una copa de buen jerez?

—Gracias, doctor — contestó Marco —. Se la acepto de buena gana.

Syllabartz se levantó y llenó la copa, que entregó al joven. Marco alzó ligeramente la mano y luego probó el vino.

—No se puede negar su procedencia —sonrió.

Syllabartz se sentó de nuevo en su sitio y apoyó los codos sobre la mesa.

—¿Y bien, ingeniero? ¿Acaso ha meditado ya sobre la propuesta que le hicimos meses atrás? —preguntó.

—Oh, no he venido por aquel asunto —contestó Marco —. Siento mucho desilusionarle, doctor, pero estoy muy contento de mi empleo con la Jansson.

—La R.J. tiene unas dificultades financieras que se agudizan a medida que corre el tiempo y a las que no se ve solución por ninguna parte —manifestó Syllabartz.

—Bueno, en este mundo, no hay empresa que, de cuando en cuando, no atraviese por un período de crisis. Ustedes también lo pasaron hace tiempo.

—Sí, cuando murió mi antecesor, el ingeniero Greene — admitió Syllabartz—. Pero yo he conseguido hacer progresar la factoría de un modo extraordinario.

—Lo sé. No hay más que ver los precios que han puesto a sus materiales.

Syllabartz hizo un ligero encogimiento de hombros.

—Si la R.J. estuviese en nuestra posición, ¿no se aprovecharía de las circunstancias igualmente? —contestó.

—Doctor, dígame, ¿son ustedes los que se aprovechan o es la Intercontinental Robótica? La I.R. posee el sesenta por ciento de las acciones de la Innican.

—Eso no tiene nada que ver con nuestros precios, señor Legan. A pesar de lo que me ha indicado, poseemos plena independencia de actuación.

—Pudiera ser —admitió Marco—. Sin embargo, me parece que se les ha ido un poco la mano en la cuestión de los precios.

—Fabricamos los mejores circuitos. Hemos de aprovecharnos de ello, ¿no lo cree lógico?

—Puede ser que sí... si ello tuviera un fin honesto.

Hubo un momento de silencio.

Marco se sintió incómodo. Los ojos de Syllabartz le contemplaban con singular fijeza.

—¿Qué ha querido decir, ingeniero? —preguntó Syllabartz al cabo.

—Sencillamente, que en el fondo de su actuación; estoy presintiendo algo turbio, doctor.

—Será mejor que hable claro —dijo el director técnico heladamente.

—Se lo diré sin más rodeos, doctor. Yo he tenido un robot que se convirtió en asesino.

—¡Imposible! ¡Las grabaciones de nuestros circuitos son escrupulosamente comprobadas!

—No asesino de personas, sino de otro robot. Me lo destrozó a martillazos, doctor.

—Ese robot a que usted alude ¿ha sido fabricado con elementos procedentes de esta factoría?

—Lo construí yo en persona.

Syllabartz sonrió desdeñosamente.

—Ah, se comprende — dijo.

—Pero el circuito analizador-distribuidor salió de estos talleres y provocó en mi robot serias alteraciones, que me obligaron a ponerlo fuera de funcionamiento momentáneamente.

El director de la Innican se puso rígido.

—¿Qué alteraciones? — preguntó.

—La primera, la destrucción de otro robot que yo estaba probando para la R.J. La segunda, el intento de matar, por dos veces casi consecutivas, a un perro que tengo para la vigilancia nocturna de mi propiedad.

— ¡Absurdo! — protestó Syllabartz.

—Doctor, no me diga que soy un mentiroso. La primera vez, vi a mi robot acometer a garrotazos al animal. La segunda vez, le ordené que le diera de comer. El perro no quiso probar la comida siquiera. Lo encontré raro y envié unas muestras al laboratorio. Los análisis me demostraron que la comida estaba impregnada de matarratas.

—Bien, admitamos lo de su robot asesino. Pero no toda la culpa ha de echarse a nuestros circuitos. El suyo era un robot de artesanía; pudiera ser que algún circuito de enlace...

—No, doctor, no se trata de los circuitos secundarios. Conozco otro caso, y éste sí es un G-30, donde resultó muerto un gato persa. Lo mató un robot fabricado por la I.R. con circuitos analíticos-distribuidores construidos aquí. ¿Sabe lo que eso significa?

Hubo un momento de silencio. Syllabartz parecía anonadado.

—Mi perro demostró siempre una instintiva antipatía hacia el robot que yo había construido —siguió Marco—. He de añadir que el perro vino a casa después de que el robot llevaba ya muchísimo tiempo en funcionamiento. El gato persa de que le he hablado mostró la antipatía apenas entró en la casa donde estaba el robot que lo mató segundos más tarde, al rechazar un furioso ataque del animal.

—Bien, puede que se trate de dos casos aislados...

—No lo niego —dijo Marco—, pero en vista de las alteraciones de mi robot, se me ha ocurrido que debía examinar a fondo el circuito analítico-distribuidor. Ordinariamente, me basta con la garantía de fábrica para suponer que la pieza que he comprobado se halla en perfecto estado. En anteriores ocasiones, he examinado los circuitos fabricados por la Innican, tanto por interés profesional, como por tratar de resolver alguna pequeña avería en otras marcas de robots.

Abrió la cartera y sacó los restos del circuito analítico-distribuidor.

—En esta ocasión, quise hacer lo mismo. Apenas levanté la tapa, se produjo una explosión y los mecanismos interiores quedaron completamente destruidos —dijo Marco—. No obstante, en el interior de la caja aún se pueden ver parcialmente los números de serie y la marca industrial. Ha sido fabricada aquí, sin ningún género de duda.

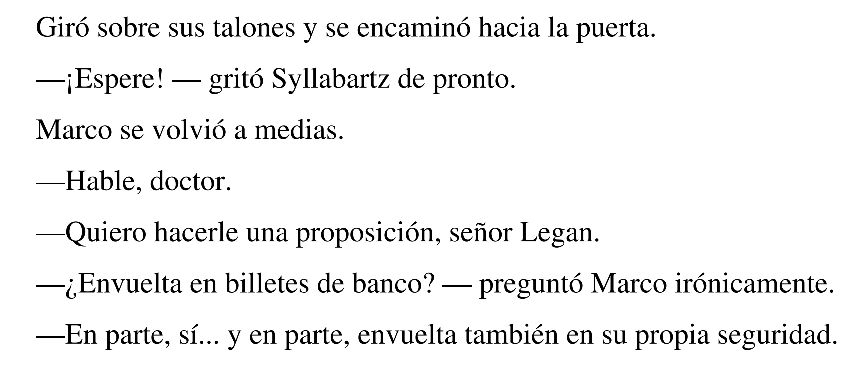
Syllabartz guardaba silencio.

Marco se puso en pie.

—¿Qué se proponen ustedes, doctor? — exclamó —. ¿Acaso inundar el país de robots... que obedezcan ciegamente las órdenes de algún oculto estado mayor, que pretende controlar de modo absoluto la economía británica?

Dejó la caja quemada sobre la mesa.

—Me costará tiempo —dijo—, pero yo mismo me construirá mi propio circuito analítico-distribuidor... y puede estar seguro de que el robot que salga de mis manos, me será absolutamente fiel y leal y no tratará de pensar por sí mismo, pero al servicio de bastardos intereses. Eso es todo, doctor.



Giró sobre sus talones y se encaminó hacia la puerta.

—¡Espere! — gritó Syllabartz de pronto.

Marco se volvió a medias.

—Hable, doctor.

—Quiero hacerle una proposición, señor Legan.

—¿Envuelta en billetes de banco? — preguntó Marco irónicamente.

—En parte, sí... y en parte, envuelta también en su propia seguridad.

Marco entrecerró los ojos.

—¿Es una amenaza? — murmuró.

—Es una indicación acerca de un futuro sin provecho para usted — contestó Syllabartz.

—Más bien parece que se trata de una amenaza de guerra, doctor. Bien, adelante, en tal caso, porque no espere de mí que me preste a turbias componendas. Todavía estamos en un país donde el bien más preciado es el ser libre, entiéndalo claramente, por si lo había olvidado. ¡Adiós, doctor!

Marco abandonó el despacho. Syllabartz no despegó los labios siquiera.

Mientras subía al coche, Marco pensó: «Tendré que estar vigilante ahora las veinticuatro horas del día. No me gusta..., pero me veré obligado a pedirle al padre de Aurora un par de buenos guardaespaldas».

Aunque bien mirado, Syllabartz no le había amenazado con causarle un daño físico. Sin embargo, nunca se sabía... Por lo que pudiera ocurrir, más valía estar prevenido.

* * *

El señor Bradshaw se sentó lentamente en el lecho. A su derecha, se podía percibir la sosegada respiración de su esposa, cuyo apacible sueño se debía en buena parte a los calmantes.

Bradshaw escuchó un momento. La casa estaba sumida en un completo silencio. No se oía el menor ruido, salvo el leve «tic-tac» del pequeño despertador que tenía al lado, sobre la mesilla de noche.

Con gran cuidado, para no despertar a su esposa, echó a un lado las ropas de la cama, se sentó en el borde, metió los pies en las zapatillas y se incorporó. Tenía la bata a los pies del lecho y se la puso, cuidando de observar en todo momento un silencio exquisito.

Mientras se ajustaba el cinturón, caminó hacia la puerta. Hizo girar el pomo poco a poco y abrió con gran lentitud. El dormitorio estaba en el piso superior y alargó la cabeza. Había luz en el salón.

Philip estaba abajo. Leía todas las noches.

Bradshaw tenía una pequeña pero bien escogida biblioteca y el robot aumentaba sus conocimientos, leyendo libro tras libro. En realidad, lo que hacía era grabar las páginas impresas en sus círculos memorísticos.

Bradshaw descendió la escalera sin hacer el menor ruido. Tenía una idea fija en la mente. Aquella noche iba a cesar de ser un esclavo. De nuevo sería un hombre libre.

A pesar de sus precauciones, Philip le oyó. Inmediatamente, dejó el libro a un lado y se puso en pie.

—¿Puedo ser útil al señor en alguna cosa? —preguntó, con su obsequiosidad habitual.

—Sí, Philip. Tengo sed; haga el favor de traerme un vaso de leche fría.

—Al momento, señor.

El robot empezó a volverse. Bradshaw aprovechó la ocasión; era justamente lo que había pensado.

Alargó la mano hacia la espalda, donde todos los robots tenían el interruptor que permitía la desconexión, o conexión, según los casos, de la pila motriz que les suministraba la energía que permitía su funcionamiento.

El señor Bradshaw no actuó con la debida presteza. O tal vez había calculado mal las posibilidades de Philip. El caso es que el robot giró en redondo, con increíble rapidez, al mismo tiempo que alzaba el brazo derecho.

El miembro se movió en un velocísimo semicírculo horizontal. El antebrazo alcanzó de lleno la frente del señor Bradshaw. Se oyó un crujido aterrador, un «¡Oh!» apagado, y el señor Bradshaw se desplomó hacia adelante.

Helen Bradshaw creyó haber oído el ruido de un cuerpo al chocar contra el suelo, pero, embotados sus sentidos por los sedantes, volvió a dormirse en el acto. Sin embargo, unos minutos más tarde, a pesar de todo, se despertó de un modo súbito.

Todavía echada de costado, escuchó los ruidos de la casa: el leve «tic-tac» del despertador, el del carillón del salón en el piso bajo, un grifo que goteaba... Alargó la mano y encontró vacía la parte del lecho ocupada por su esposo.

En el primer momento, le creyó en el cuarto de baño. Esperó unos minutos en la oscuridad, pero no oyó ruido de agua en las cañerías del baño.

Sin saber por qué, Helen se sintió vagamente alarmada. John no era de los hombres que solían hacer excursiones a media noche al frigorífico. Cenaba sólidamente y ya no probaba bocado hasta el desayuno de la mañana siguiente.

— John — musitó, sintiéndose presa de un terror indefinible.

Su esposo no contestó. Helen se sentó en la cama y, tras algunos segundos de reflexión, se levantó.

Poniéndose la bata, corrió hacia la puerta del dormitorio. La luz del salón estaba apagada.

Ella sabía que Philip se pasaba la noche leyendo. ¿Dónde estaría el robot?

El tenue ruido de un rítmico «chap-chap» le llegó a sus oídos a través de la ventana. Los Bradshaw tenían la costumbre de dormir con el bastidor parcialmente levantado, a fin de permitir una mejor ventilación del dormitorio durante la noche.

Helen se acercó a la ventana. Abrió la boca, pero no salió ningún sonido de su garganta.

Había poca luz en la trasera del edificio, aunque la suficiente para que viera una escena terrorífica. Alguien, con la ayuda de una pala, estaba cavando una tumba en el jardín.

El hombre era alto y esbelto. Helen sabía que su esposo, sin llegar a la obesidad, era más bien rechoncho, un poco barrigudo. Por tanto, el hombre que cavaba la tumba no era John.

A dos pasos del individuo divisó un bulto cubierto con una manta. Helen sintió que se le doblaban las rodillas. Los pies sobresalían del borde inferior y ella reconoció fácilmente las zapatillas que había regalado a su esposo a la entrada del invierno pasado.

CAPÍTULO XII

El visófono sonó repentinamente, haciendo que Marco se sentase de golpe en la cama. Miró a través de la ventana; todavía era de noche.

—¿Quién diablos es el importuno que no tiene ganas de dormir? —masculló.

Heslar dormía en otra cama situada en el lado opuesto de la habitación. Bostezó aparatosamente y dijo:

—¿Por qué no lo averiguas y le cantas cuatro frescas?

Marco alargó la mano y dio el contacto. La voz de

Aurora brotó en el acto por el altoparlante, aún antes de que se iluminara la pequeña pantalla.

—¡Marco! ¿Estás ahí? ¡Contesta pronto!

El joven notó inmediatamente una expresión de alarma en la voz de Aurora.

—¿Qué ocurre? —preguntó—. ¿Se ha pegado fuego a la fábrica? ¿Por qué me llamas tan pronto?

La pantalla se encendió. Marco apreció que Aurora estaba a medio vestir, con el temor pintado en su hermoso rostro.

—Escucha —dijo ella—, tía Helen acaba de llamarme. Está encerrada en su dormitorio. No se atreve a salir; teme que Philip la asesine.

—¿Qué? ¡Eso es imposible! ¡Ningún robot puede matar a una persona!

—Marco, eso era ayer. Hoy... es distinto. Philip ha dado muerte a mi tío John y lo ha enterrado en el jardín. Ella... tía Helen, lo ha visto perfectamente. Está loca de pánico. No sabía qué hacer y me ha llamado a mí en primer lugar...

Heslar abandonó el lecho.

—¡Demonios! —masculló—. ¡Eso es verdaderamente preocupante! ¡De matar a un gato a matar a una persona, la diferencia es mucha!

—¿Está el robot todavía en la casa, Aurora? —preguntó Marco.

—Sí. Ella dice que le oye moverse por la planta baja... Marco, tenemos que hacer algo antes de que Philip se dé cuenta de que ella lo sabe e intente también asesinarla.

—Está bien. Llámala por visófono y...

—Imposible, Marco. Ella me llamó hace unos minutos, cuando Philip

estaba aún cavando la tumba. Luego corrió al piso alto y se encerró en el dormitorio... Arriba no tiene visófono, Marco.

—Comprendo. Mira, Aurora, Heslar y yo iremos inmediatamente a casa de tu tía. Si quieres ir, ve también..., pero quédate en las inmediaciones hasta que lleguemos nosotros. No entres en la casa por ningún motivo, ¿comprendes?

—Perfectamente, Marco. Date prisa, por el amor de Dios —rogó la muchacha—. Tía Helen debe de estar a punto de volverse loca.

Marco cerró la comunicación y saltó del lecho.

—Ori, tenemos que darnos prisa —dijo, mientras corría hacia el lavabo contiguo.

—Las cosas se han simplificado —dijo el ayudante, empezando a quitarse el pijama.

—¿Simplificado, dices? Yo creo que se han complicado más que nunca...

—Nada de eso, muchacho. Es duro tener que hablar así, pero el asesinato de John Bradshaw va a ser la ruina de la I.R. Y también de la Innican.

—Es sólo un robot el que se ha descompuesto, Ori — objetó Marco.

—¿De veras? Bien, bien, ya lo sabremos cuando llegue el momento... porque es de presumir que la señora Bradshaw presente una demanda contra la compañía que le vendió el robot, ¿no te parece?

Marco suspendió por un instante la tarea de secarse la cara.

—Sí, es cierto —murmuró. Y luego dijo—: De todas formas, preferiría que el asunto se hubiese resuelto de otra manera menos sangrienta.

—Marco, muchacho — dijo Heslar sentenciosamente —, tal como se estaban poniendo las cosas, lo raro es que no se haya vertido sangre humana mucho antes.

Minutos más tarde, estaban listos para salir. Heslar sugirió la conveniencia de llevar consigo a «César».

—Si a ese robot se le han desarrollado los instintos agresivos, el perro puede ser un buen colaborador —dijo; y Marco creyó que no estaría de más atender la sugerencia.

Cuando salieron de la casa, empezaba a amanecer. El sol había salido ya en el momento de avistar la residencia de los Bradshaw.

Todavía, sin embargo, era muy temprano y la circulación era prácticamente nula. Al doblar la última esquina, vieron a una pareja que les bacía señas de que se detuvieran.

Marco frenó en el acto. Aurora y su padre se acercaron al coche.

—¿Han entrado en la casa? — preguntó Marco.

—Todavía no —respondió la muchacha—. No nos hemos atrevido...

—Marco —dijo el señor Jansson—, John Bradshaw podía tener sus defectos, pero yo le apreciaba. Haré que el autor de este crimen lo pague caro.

—Será difícil que el Tribunal de Old Bailey condene a un robot, señor Jansson —contestó el joven, mientras se apeaba del vehículo —. Todo lo que pueden decidir es su destrucción...

—Ha sido construido por la I.R. La I.R. es responsable de sus productos, como yo lo soy de los míos —dijo Jansson ceñudamente.

Heslar se apeó del coche, llevando a «César» sujeto por una correa.

—¿Vamos? — dijo.

Los cuatro se pusieron en marcha hacia la casa. Momentos después, se detenían ante la puerta.

Marco tocó el timbre. Philip abrió a los pocos momentos.

—¿Puedo serles útil en algo, señorita, señores? —dijo cortésmente—. Me temo que el señor Bradshaw no podrá recibirles; ha tenido que salir inesperadamente de viaje...

—En tal caso, hablaremos con la señora Bradshaw — dijo Marco.

—Es mi tía — terció Aurora.

«César» gruñía sordamente. Heslar lo retenía por la cadena con dificultades.

—Lamento tener que informarles que la señora Bradshaw sufre una indisposición, que no le permite recibir visitas — manifestó el robot.

—En tal caso, ella necesita que la atiendan —exclamó Aurora—. ¡Apártate, máquina! —ordenó imperativamente.

Philip obedeció en el acto. Sus circuitos habían captado la orden, impulsándole a acatarla de un modo «auténticamente maquinal». Luego trató de rectificar.

Alargó la mano para asir el brazo de la muchacha. De este modo, quedó de perfil ante la puerta.

Marco aprovechó la ocasión. Estiró su brazo rapidísimamente y presionó el interruptor. Los movimientos del robot cesaron en el acto.

—¡Arriba, Aurora! —dijo—. ¡Señor Jansson, usted con ella!

Padre e hija se precipitaron hacia la escalera que conducía al piso

superior. Momentos después, oyeron unos gritos agudos, seguidos de unos fuertes sollozos.

Marco dijo:

—Está bien; ellos se encargarán de consolarla. Ori, nosotros tenemos otra cosa que hacer.

—Entiendo. —Heslar miró a su alrededor. Pendiente del perchero divisó un sombrero. Lo tomó y se lo puso delante del perro—. ¡Busca, «César»!

El animal olfateó la prenda durante algunos segundos. Luego, bruscamente, dio media vuelta en redondo y salió al jardín, arrastrando a Heslar por la correa.

«César» pegó el hocico al suelo. Los dos hombres seguían expectantemente sus menores movimientos. De pronto, el animal se detuvo en un sector del jardín, de apariencia normal, y empezó a excavar con sus patas delanteras.

Marco se arrodilló y examinó el césped. Agachó la cabeza un poco y descubrió un imperceptible abombamiento del suelo, de inconfundible significación.

Se puso en pie lentamente y miró a su ayudante.

—Ori, creo que éste es un caso para Scotland Yard — dijo.

Heslar asintió.

—No me cabe la menor duda, muchacho —contestó.

Volvieron a la casa. Aurora y su padre descendían, llevando en brazos a la atribulada Helen Bradshaw. Marco y la muchacha cruzaron una mirada. Aurora apretó los labios: en silencio, él acababa de confirmar la muerte de su tío.

Heslar se acercó al visófono y marcó un número harto conocido: el 999...

—¿Scotland Yard? Deseo informar sobre un crimen...

* * *

Oficialmente, Helen Bradshaw encargó la demanda a su abogado. De modo menos oficial, la Robótica Jansson estaba tras Kith Sawliss, que tal era el nombre del abogado.

El anuncio del crimen causó enorme sensación en la Gran Bretaña. Había decenas de miles de robots en servicio y, en muchísimos años, era la primera vez que uno de ellos asesinaba a un ser humano.

El «Times» dijo que en aquel proceso se debatía nada menos que la supervivencia de los robots como máquinas pensantes. El editorial del «Guardian» iba un poco más lejos y proponía una censura previa de los circuitos que fueran a instalarse en todos los robots en lo sucesivo.

La demanda fue dirigida en un principio contra la Intercontinental Robótica. Los abogados de la I.R. consiguieron demostrar que el fallo de Philip se debía al circuito analítico-distribuidor servido por la Innican.

La prueba fue aceptada y la demanda se dirigió contra la Innican. Davills, en gerente general, presentó una batería de abogados, los cuales, en un principio, parecieron iban a conseguir que la balanza se inclinase en favor de su cliente.

Las sesiones del proceso se desarrollaban en un clima de inmensa expectación. A partir del momento en que la demanda fue transferida a la Innican, la B.B.C.-T.V. creyó oportuno montar sus cámaras de televisión en la sala del tribunal. Gran Bretaña tenía derecho a un conocimiento directo e inmediato de lo que se debatía en Old Bailey.

Kith Sawliss, el abogado de la parte demandante, era un sujeto menudo, atildado, vivaz, de mente rápida e ingenio agudo como un puñal. Sus veloces preguntas y objeciones provocaban a menudo comentarios de sensación o estelas de risa. El presidente del tribunal tuvo que llamarle al orden en más de una ocasión.

La defensa se centró en un punto: ¿Podía considerarse como un crimen el hecho de que un robot hubiese dado muerte a un humano?

La expectación general estaba centrada en la respuesta que la sentencia judicial daría a tal pregunta. Los espelucados jueces del tribunal se enfrentaban con el problema más peliagudo de su larga carrera forense.

Por un momento, la Innican pareció hallarse a punto de vencer. Sus representantes no sabían que Sawliss había sido elegido por el propio Marco, quien actuaba como asesor técnico en el caso.

Fueron llamados a declarar varios ingenieros y expertos de la Innican, así como algunos capataces y operarios calificados. Todos ellos juraban y perjuraban que el crimen había sido un mero accidente.

El ingeniero jefe añadió que no le cabía duda que, después del accidente que había causado la muerte del infortunado señor Bradshaw, Philip... ¡ejem!, el robot, se había decidido a ocultarlo, influenciado tal vez por sus numerosas lecturas de novelas policíacas, en donde se describían casos semejantes.

En efecto, una investigación complementaria probó que el difunto señor Bradshaw había sido aficionado a la lectura de obras de tal género. La propia señora Bradshaw confirmó que Philip... ¡ejem!, el robot, se pasaba las noches leyendo.

Ciertamente, no había modo de probar que fuese un crimen. Por el momento, triunfaba la tesis del accidente. En cuanto a lo de enterrar el cadáver para ocultar sus huellas, parecía lógico que un robot imitase a los humanos que se habían encontrado alguna vez en semejantes condiciones.

Todos creían que la demanda terminaría en una componenda. La Innican haría revisar los circuitos defectuosos, pagaría una indemnización a la afligida viuda... y dentro de un año, si te he visto no me acuerdo.

Por su parte, durante los interrogatorios de los testigos propuestos por la parte demandada, el abogado de la demandante, se limitaba a formular una única y simple pregunta:

Era ésta:

—¿Cree usted que los robots de la serie a la que pertenecía el que causó la muerte del señor Bradshaw albergan instintos o intenciones hostiles contra los seres humanos?

La respuesta era siempre la misma:

—No, señor.

A lo que Sawliss decía:

—Muchas gracias. He terminado con el testigo.

Finalmente, concluyó el desfile de testigos propuestos por la defensa. Pareció que el presidente iba a encomendar al jurado se retirase a deliberar.

Entonces, Sawliss se levantó y dijo:

—Señoría, la defensa ha omitido presentar a un testigo, cuyas declaraciones, en nombre de mi demandante, estimo pueden resultar interesantes para la recta administración de la justicia. Con la venia de Su Señoría, ruego se sirva Llamar a declarar al ingeniero doctor Horatius Syllabartz, director técnico de la «Innican Electronics Co.».

El juez dirigió una mirada al portavoz de los abogados de la parte demandada.

—¿Hay algún inconveniente en acceder a lo solicitado por la parte demandada?

El defensor contestó:

—Ninguno, Señoría.

Entonces, el juez hizo un signo y el ujier declamó:

—Se cita a declarar al ingeniero doctor Horatius Syllabartz. Si la persona nombrada se encuentra en esta sala, debe pasar al estrado de testigos.

CAPÍTULO XIII

Las cámaras de la B.B.C. siguieron fielmente la elevada figura del doctor mientras avanzaba hacia el lugar indicado. Una vez se hubo sentado, el ujier le presentó una Biblia y le tomó juramento.

Sawliss se puso en pie.

—Doctor Syllabartz, acaban de tomarle juramento. Recuerde que debe contestar estrictamente con la verdad a cuantas preguntas se le formulen.

—Lo sé perfectamente, abogado.

—Gracias, doctor. Sírvase enumerar sus títulos profesionales y los lugares donde le fueron concedidos.

Syllabartz lo hizo así. El jurado pareció quedar muy impresionado por la cantidad de títulos y diplomas que el testigo aseguró podía presentar.

Sawliss continuó el interrogatorio.

—Doctor, por favor, diga cuánto tiempo lleva al frente de la «Innican Electronics Co.».

—Algo más de un año, aproximadamente. Se me nombro para sustituir al difunto profesor Greene, mi antecesor en el cargo.

—¿Quién le nombró?

—El consejo de administración de la empresa, a propuesta del presidente, señor Innican.

—¿Conocía anteriormente al señor Innican?

—No, señor. Cuando conocí la noticia de la muerte del profesor Greene, me presenté a él y le pedí el puesto, alegando mis méritos profesionales. El señor Innican tenía otros candidatos en cartera, pero acabó por preferirme.

—Así, pues, lleva algo más de un año al frente de la empresa, en la parte técnica, naturalmente.

—Así es, abogado.

Sawliss consultó unos papeles que tenía sobre la mesa. Al lado, cubiertos con un paño negro, se veían unos objetos, cuya forma no se podía apreciar claramente.

—Doctor, ¿es usted el autor del diseño del circuito analítico-distribuidor que llevan todos los robots de la clase G-30, a la que pertenecía el autor de la muerte, por ahora accidental, del señor Bradshaw?

—En efecto. Ese circuito, es una modificación ideada por mí del que se fabricaba anteriormente y en el que encontré algunas deficiencias.

—Por tanto, parece lógico que sea superior, técnicamente hablando, a los que se construían cuando usted llegó a la Innican.

—Modestia aparte, así es.

—¿Puede el testigo decir, «grosso modo», cuántos robots hay ahora en servicio en la Gran Bretaña? No importa la cifra exacta, sino más bien aproximada...

El defensor se levantó vivamente.

—¡Protestó, Señoría! ¡Se está juzgando aquí la conducta de un robot, no la de varios millones...!

Sawliss soltó una risita.

—Imagino que Su Señoría aceptará la objeción y yo retiró la pregunta —dijo—. Continuaré mi interrogatorio, por tanto.

Miró a Syllabartz, quien seguía cortésmente impasible.

—Esta pregunta sí la puede contestar. ¿Cuántos circuitos se elaboran a diario en la factoría que usted dirige? Me refiero a los de la clase que nos ocupa, doctor Syllabartz.

—La cifra media es de unos tres mil quinientos, abogado.

—¿Y toda la producción está vendida?

—En efecto, tenemos esa suerte.

—¿Solamente a la Intercontinental Robótica o también a otras empresas fabricantes de robots?

El defensor protestó. Esta vez, el juez rechazó la objeción.

—La pregunta es correcta. La parte demandante tiene derecho a conocer la respuesta del testigo.

Syllabartz dijo:

—La inmensa mayoría de nuestros circuitos están comprometidos por la I.R.

—Tengo informes directos de que la I.R. lanza diariamente al mercado dos mil quinientos robots. Si ustedes le venden casi toda la producción, parece lógico que les sobren circuitos...

—A mi entender —dijo Syllabartz reposadamente—, la I.R. planea aumentar su producción de robots del tipo G-30. Es lógico, pues, que quieran constituir una reserva de circuitos analítico-distribuidores suficientes para atender a sus necesidades futuras.

—Sobre todo, a los precios actuales —dijo Sawliss con ironía.

—No entiendo, abogado.

—Se lo diré claramente, doctor. Hace algunos meses, la Innican, sin previo aviso, duplicó el precio de sus productos, en especial, del circuito que nos ocupa.

—Tenemos perfecto derecho a ello. No hay ninguna ley en contra.

—Es cierto. Sólo lo cité a título meramente indicativo. Doctor, ¿considera usted el circuito analítico-distribuidor como secreto de su industria?

—En efecto.

—Vayamos por partes, doctor —dijo Sawliss—. ¿Secreto industrial o secreto protegido por una patente?

Syllabartz se removió en el asiento. La expectación era enorme.

—Ruego al abogado de la parte demandante se sirva explicarme la diferencia que, a su entender, existe entre ambos conceptos — pidió educadamente.

—Lo haré ahora mismo — accedió Sawliss —. Estamos hablando del circuito. Están construidos bajo su diseño y supervisión personal. Ninguna otra persona, a menos que no abone derechos por cesión de patente, puede construir uno igual, ¿no es cierto?

—Así lo dice la ley, en efecto.

—Pero, qué pasa si uno de ellos se estropea... Oh — exclamó el abogado —, yo sé que me dirá que la Innican tiene expertos que reparan cualquier avería en los robots o en sus mecanismos. Ahora bien, imagínese que uno mismo es experto. Es... por ejemplo, cuando se le estropea el televisor propio y entendiendo de ello, se lo arregla en casa, sin llamar al mecánico. ¿Va comprendiendo, doctor?

Syllabartz asintió. El abogado prosiguió:

—Naturalmente, si yo copio determinado tipo de televisor, y lo copio para mi uso exclusivo y no público, no me pasará nada. ¿Podría yo copiar, en esas condiciones, uno de sus circuitos?

Syllabartz se agitó de nuevo en el asiento. Marco se inclinó hacia adelante.

—Sin duda alguna —contestó por fin el testigo.

—¿Y repararlo también?

—Por supuesto.

Con dramático ademán, Sawliss echó a un lado el paño negro que cubría aquellos objetos, dejando ver dos cajas de color negro, con numerosos cables

que partían de su interior, y un pequeño tubo de color rojo. Sawliss tomó una de las cajas y la levantó en alto.

Las cámaras de T.V. enfocaron mano y caja. El abogado dijo:

—Con el permiso de Su Señoría, solicito hacer una pequeña demostración ante el tribunal, de la cual se encargará mi asesor técnico, el ingeniero Marco Legan, diplomado «cum laude» por Oxford.

—Aceptada la propuesta, a salvo de cualquier objeción que pueda formular la defensa — contestó el presidente del tribunal.

No hubo objeción de la defensa.

—Gracias, señoría. ¿Ingeniero?

Marco se puso en pie, cogió la caja que le alargaba Sawliss y acercó un destornillador a la juntura de la tapa.

Antes de empezar a actuar, miró a Syllabartz.

Los ojos del doctor centelleaban vivísimamente, aquel instante, Marco sintió un raro estremecimiento y conoció, de golpe, la verdad.

Aplicó el destornillador y levantó la tapa. Salieron llamas y humo.

Sonaron gritos de asombro e incluso de temor. Marco arrojó al suelo la caja y luego, con el pequeño extintor rojo, apagó en un santiamén el fuego.

El mazo del juez acalló los rumores. Una vez restablecido el silencio, Sawliss volvió a levantar la segunda caja.

—A esto me refería cuando hablaba de secreto industrial, doctor — dijo —. Su circuito no se puede copiar ni menos reparar, porque usted ha hecho colocar, en cada uno de ellos, un artefacto explosivo que funde los metales de que está compuesto en su interior. ¿Quiere que le diga por qué lo ha hecho?

—Estoy en el derecho de proteger una invención mía...

—Sí, pero por medio del sistema de patentes —tronó el abogado —, no de un modo hostil a los humanos...

—¡Protesto! —gritó el defensor—. El abogado de la parte demandante está vertiendo términos ofensivos para el testigo.

—Se acepta la objeción — dijo el juez.

—Presento mis excusas, Señoría — declaró Sawliss —. En ese caso, formularé mis alegatos de otra manera. Doctor, ¿todos los circuitos que se aplican al robot tipo G-30 tienen instalado ese dispositivo de destrucción?

—Sí — contestó Syllabartz.

—Explique por qué lo ha diseñado así.

—Nadie que no sea un operario especializado de la Innican debe...

—Perdón, doctor —le interrumpió Sawlis—. Voy a ponerle un ejemplo. Supongamos un traje de baño, de un diseño patentado. La persona que lo lleva tropieza, cae o sufre un ligero accidente y el tejido se rasga. Si es una mujer, ¿le impedirá la patente que ella misma se recosa el rasgón?

Sonaron risas en la sala. El martillo del juez las acalló en seguida.

—Un traje de baño no es un circuito... —empezó a decir Syllabartz.

—¿Y el propietario de un automóvil que se lo arregla por sí mismo? Si sabe reparar la avería, ¿llamará a la fábrica? Si esa dama a la que se le ha rasgado el bañador no tiene hilo y aguja a mano, ¿llamará a la fábrica para que le envíen una costurera?

—Esto es distinto, abogado —protestó Syllabartz.

—¡Y tanto que es distinto! Como que hay muy pocos que sepan reparar por sí mismos los circuitos de un robot. Pero basta que haya diez o veinte personas, para que tengan derecho a ser protegidos de una explosión que puede causarles ciertos daños físicos, por lo menos, si no la muerte. ¿Ha prohibido usted en su contrato de venta que nadie, sino la Innican pueda reparar esos circuitos supuestamente averiados?

Syllabartz se sentía incómodo.

—No — contestó.

—Le reitero los mismos ejemplos que puse antes, doctor — dijo Sawliss —. El del televisor o el automóvil averiados o el traje de baño rasgado. Nadie puede construirlos o fabricarlos sin comprar las patentes, pero, ¿nadie, tampoco, puede repararlos por sí mismo si sabe y puede hacerlo?

Syllabartz prefirió callar. Después de unos segundos de pausa, el presidente del tribunal dijo:

—Le recuerdo al abogado de la parte demandante que estamos aquí para juzgar si en la conducta del robot que causó la muerte de John Bradshaw hubo intencionalidad o fue producto de un accidente y, en ambos casos, determinar las responsabilidades que pudieran alcanzar a sus constructores.

Sawliss contestó:

—Lo tengo muy presente, Señoría, y puesto que el robot que nos ocupa estaba regido por un circuito analítico-distribuidor, diseñado y ordenado construir por el doctor Syllabartz, espero demostrar que el hecho de la muerte de John Bradshaw es el inicio quizá prematuro, de una vasta conspiración dirigida por el testigo para poner a la Gran Bretaña bajo el dominio de varios millones de robots.

CAPÍTULO XIV

El presidente del tribunal tardó casi diez minutos en restablecer el orden. Al fin, sólo cuando amenazó con desalojar la sala, consiguió que los murmullos cesaran.

El juez miró a Sawliss con severidad.

—Señor abogado, para un británico no hay nada peor que amenazarle con la pérdida de la independencia de su patria, sea a manos de unos extranjeros, sea bajo el poder de unas máquinas. Pruebe sus acusaciones o me veré en la penosa obligación de imponerle un correctivo.

Sawliss se inclinó humildemente.

—Siento haber disgustado los sentimientos patrióticos de su Señoría; pero me encuentro aquí precisamente para probar todas y cada una de mis acusaciones, las cuales, sostengo, están estrechamente relacionadas con la muerte de John Bradshaw.

Se volvió hacia el testigo y preguntó:

—¿Puede informar al tribunal si es cierto que la I.R. posee el sesenta por ciento de las acciones de la Innican?

—Creo que sí — respondió Syllabartz —, aunque eso no es de mi incumbencia estricta.

—Siento contradecirle. Un director técnico debe estar enterado de las peculiaridades de la empresa para la cual trabaja, a fin de poder planear eficientemente su campaña de fabricación. Bien, sin embargo, pasaré por alto su respuesta. Dígame, doctor Syllabartz, ¿es cierto que usted posee un importante paquete de acciones de la «Compañía de Inversiones International & British»?

—Sí, es cierto.

—La Innican posee también gran número de acciones. ¿Lo sabía usted?

—Sí, no hay por qué negarlo.

—Gracias, doctor. Ahora bien, le diré que la venta de los robots del tipo G-30 se realiza en unas condiciones excepcionales. Seis libras de entrada y una semanal o cuatro mensuales, esto durante doce años. ¿Lo sabía usted?

—Sí.

—Ahora le diré otra cosa. La C.I.I. & B. ha lanzado una emisión de bonos, amortizables en doce años. Da la casualidad de que sus agentes, robots por cierto, han visitado única y exclusivamente a las personas que poseían un robot del tipo G-30.

—Yo no...

—Un medio muy sencillo de financiar la venta de robots. En realidad —dijo Sawliss sarcásticamente—, eran los propios clientes los que pagaban la fabricación de sus propios robots.

Un fuerte murmullo se elevó de la sala. Los ojos de Syllabartz ardían.

—Pero todavía hay más —siguió Sawliss implacablemente—. En los últimos meses, centenares de operarios, de distintas empresas ficticias, recorrían las casas donde había un robot, fuese de la clase que fuese, y le colocaban el circuito que usan actualmente los G-30, variando así sensiblemente, aunque de modo favorable en apariencia, su modo de actuar.

»Como el caso de los Bradshaw, aunque afortunadamente sin muertes, hay cientos de miles, si no millones de británicos. En el caso de los señores Bradshaw, el robot que les servía iba adueñándose lentamente de su voluntad. Mejoró su salud, es cierto, pero también les aconsejó invertir sus ahorros en la C.I.I. & B. Era el factótum ideal, pero también impidió a la señora Bradshaw que comunicara a una amiga suya una avería que había sufrido... Podría seguir así horas y horas, contando casos análogos, pero éste es uno típico y no hay por qué cansar la atención del honorable tribunal.

»Sólo añadiré dos cosas más — dijo el abogado —. Al diseñar los circuitos y grabarles determinados sentimientos de obediencia hacia una persona, el doctor Syllabartz cometió un pequeño error. Los animales sienten instintiva hostilidad hacia los robots equipados con su circuito. Ignoro las causas, pero me refiero a animales fieles al hombre... por lo cual han de ser hostiles a un enemigo del hombre. Éste es un problema que habían de estudiar en su día los técnicos en cibernética.

»Haré un inciso. En su momento, probaré que los títulos alegados por el doctor Syllabartz, son falsificados. Ahora, expresaré la segunda cosa que debo hacer pública.

Marco tironeó de la manga al abogado. Sawliss se inclinó ligeramente y escuchó unas breves palabras que le dirigía el joven.

Sawliss pareció sorprenderse un instante, pero se rehízo y. en seguida, volvió a erguirse.

—Lo segundo que tenía que expresar — declaró —, se refiere a todos los robots que, día a día e ininterrumpidamente, iban siendo provistos de los nuevos circuitos. Llegaría el momento en que todos los tuvieran y entonces, una persona daría una orden... y la Gran Bretaña, instantáneamente, quedaría en poder de varios millones de robots, que ocuparían los puestos clave de la nación. Hay robots en los Ministerios, en el Ejército, en la Armada, en la RAF.... ¡en todas partes! ¡Y todos ellos obedecerían a un hombre solo!

»Perdón. ¿He dicho a un hombre? —habló Sawliss tonantemente—. Debo

corregirme. Un robot es la palabra correcta... ¡Porque el doctor Syllabartz es un robot!

El tumulto que siguió fue indescriptible.

Costó mucho imponer el orden. Syllabartz estuvo a punto de ser linchado, pero los agentes uniformados le protegieron como si de un humano se tratase.

Al fin, volvió el silencio.

El juez miró al testigo.

—Doctor Syllabartz, conteste a esta pregunta: ¿Es usted un robot?

Syllabartz se puso en pie.

—Sí, lo soy —contestó con orgullo inequívoco.

El mazo del juez golpeó la mesa.

—Se suspende la sesión hasta mañana a las diez. El tribunal se retira a deliberar acerca de la forma en que ha de continuar el proceso. Mientras tanto, el robot llamado Syllabartz quedará en libertad, aunque convenientemente custodiado por cuantos agentes estime necesarios el jefe del servicio de orden.

Marco miró a Sawliss y sonrió.

—Hemos triunfado, Kith — le dijo.

—Después de esto, el veredicto del jurado sólo puede ser uno — contestó el abogado.

Aurora y su padre estaban en la primera fila. Marco volvió los ojos hacia la muchacha. Ella le tiró un beso con la punta de los dedos.

* * *

La enorme factoría aparecía desierta y silenciosa en la oscuridad de la noche. Sólo se veían encendidas las farolas que iluminaban la gran explanada y una luz en uno de los pisos.

Un guardia salió al encuentro de Marco. El joven le enseñó un documento. El guardia asintió y le dejó pasar.

Marco enseñó el documento dos veces más. la última ante un agente de paisano.

—Si el permiso lo concede Scotland Yard, no hay nada que objetar — dijo el policía.

—¿Está Syllabartz en su despacho? — preguntó Marco.

—Sí, señor.

—¿Qué hace?

—Nada. Se sentó desde que llegó y no se ha movido.

—Gracias, agente.

Marco empujó la puerta. Syllabartz le miró desde el fondo del vasto despacho.

—Ha ganado, humano — dijo el robot.

—No es una victoria que me alegre demasiado —confesó el joven.

—Pero ha destruido mis planes.

—¿Pensaba apoderarse del país?

—¿Puede dudarlo siquiera?

Marco se acercó a la mesita de los licores y se sirvió una copa de jerez. Al trasluz, contempló la transparencia del fino caldo.

—Ahora comprendo por qué es usted abstemio —dijo.

Tomó un sorbo.

Es un placer que un robot no puede comprender — añadió.

—No lo echamos en falta, ingeniero —contestó Syllabartz.

—Me lo imagino. Usted me temió, y no es falsa modestia, desde un principio, ¿no es verdad?

—Sí. Le temía... y lo quería a mi lado.

—Habría terminado por enterarme de la verdad.

—Entonces hubiera sido demasiado tarde.

—¿Lo es para algunos directivos de la Innican, la I.R. y la Compañía de Inversiones?

Syllabartz sonrió.

—Sí. También los robots conocemos las flaquezas humanas. El ansia de dinero, por ejemplo.

—Buenas cadenas para mantener atados a unos cuantos desaprensivos — comentó el joven—. ¿Ideó usted el plan?

—Sí, cuando decidí que el país debía ser gobernado por nosotros.

—Por usted, querrá decir.

—Tanto da —contestó Syllabartz con indiferencia—. ¿Puede dudar de la bondad de mi gobierno... cuando soy un robot que se ha construido a sí mismo?

Marco guardó silencio unos momentos.

—¿Es cierto eso? — preguntó.

—Sí. Procedo de un modelo primitivo, el A-V7 —confesó el robot.

—Eso significa que sus circuitos se fueron desarrollando espontáneamente.

—Hasta cierto punto, pero siempre por autoconexión de conocimientos... y el estudio de todo género de materias, desde la física más sencilla hasta la ciencia política.

—Una autoevolución, vamos.

—Fui cambiando de aspecto a medida que los robots iban cambiando también de aspecto. Así llegué a tomar el del doctor Syllabartz.

—Nombre imaginario, por supuesto.

—No. Existió un doctor Syllabartz, pero murió hace tiempo. No lo maté yo, se lo advierto.

—¿Qué pasó con Philip?

—Imagino que también autoevolucionaba. Le molestó que Bradshaw tratara de desconectarle.

—¿Y con Paul? Una vez me defendió...

—Fue una prueba. En otra ocasión, cuando usted estaba paseando con su novia y el perro, le cambiamos el circuito. Aquellos dos hombres, por supuesto.

—Pero el perro le gruñó desde el primer momento.

—Ese circuito tuvo siempre, aun antes de llegar al del tipo G-30, un pequeño defecto. Confieso que nunca pude hallárselo.

—Así, pues, ahora hay millones de robots que todavía le obedecen.

—Sí, pero la gente está advertida. Los están desconectando a millares.

—¿Cómo lo sabe usted?

Syllabartz se tocó la frente.

—Aquí está todo, la central que los dirigía —contestó sonriendo—. Nada de una vasta habitación con un gigantesco panel de mandos y un control por cada robot. El control total está dentro de mi cráneo.

—Una maravilla de la cibernética, Syllabartz. Me gustaría estudiarla.

—Lo siento. Temo que eso no va a poder ser.

—¿Por qué?

—¿Qué haría usted en mi caso?

—Como no soy un robot, no puedo contestarle. Sin embargo, le diré que ustedes, los robots, pueden pensar, sí, pero no deben olvidar jamás su condición de máquinas. Usted, doctor Syllabartz, se hizo a sí mismo, pero lo que no consiguió es adoptar una mentalidad típicamente humana. Se infundió a sí mismo un sentimiento de soberbia, o se le desarrolló, tanto da, y creerse un ser superior a todos ha sido la causa final de su perdición.

—En efecto, la razón es suya, ingeniero. Y, como dicen ustedes los humanos, el que pierde, paga. Yo voy a pagar ahora mismo.

—¿Cómo, doctor?

Syllabartz le dirigió una última sonrisa. Luego, de repente, se llevó la mano al pecho.

Marco dio un salto hacia adelante. Llegó tarde.

Sonó una explosión apagada. El humo empezó a brotar de todas las junturas de aquella máquina perfectísima.

Syllabartz cayó hacia atrás. Quedó apoyado en el respaldo del sillón, con la boca abierta. Salía humo y llamas por la garganta y las fosas nasales. El plástico que simulaba la piel empezó a hervir.

Entraron los policías. Uno de ellos intentó apagar el fuego con un extintor.

—Es tarde ya —dijo Marco. En el fondo, sentía pena.

Giró sobre sus talones y se dirigió hacia la entrada. Uno de los agentes trataba de comunicarse con Scotland Yard.

* * *

—¿Cómo supiste que era un robot? ¿Sólo porque no bebía? —preguntó Aurora—. Hay muchas personas que no beben...

—No — contestó Marco, mientras perseguía una rebelde aceituna con su tenedor a través del plato de ensalada—. Me di cuenta de ello, cuando Sawliss le acosaba a preguntas. Un humano habría sudado, palidecido, enrojecido... Syllabartz tuvo la piel en un estado siempre idéntico. Por muy impasible que se hubiera mostrado en todo momento, en algunas fases de interrogatorio, su frente debería haber transpirado ligeramente. A él no le sucedía en absoluto.

—Comprendo — dijo la muchacha.

Estaban cenando en casa de los Jansson. El padre de Aurora dijo.

—Ahora tendremos mucho trabajo. Hay millones de robots que activar... y debemos construir nuevos circuitos para sustituir a los que quemó Syllabartz en el momento de su autodestrucción. Sí, eso ha producido perturbaciones, pero peor hubiese sido caer bajo el dominio de los robots.

Luego meneó la cabeza y añadió:

—Compadezco a Innican, a los de la I.R. y a los de la Compañía de Inversiones. Lo están pasando muy mal.

—Bueno, corrieron un riego —dijo Marco—. Ahora que apechuguen con las consecuencias.

—¿Cuánto tardarás en diseñar y construir un nuevo circuito? —preguntó Jansson.

—Tres meses... más el tiempo que disponga su hija.

—¿Ahora? ¿Qué tiene ella que ver con...? —respingó Jansson.

Marco sonrió y dijo:

—Mucho — contestó —. A fin de cuentas ella es la que ha de disponer el tiempo que hemos de invertir en nuestra luna de miel, ¿no es así?

—Cierto, cariño —contestó la muchacha, sonriendo radiantemente—. Y menos de cuatro semanas, de ninguna manera, papá.

—¡Vaya! — resopló Jansson —. Con esto no contaba yo, muchachos.

—Pues es algo que se veía venir desde hace tiempo. ¿No es verdad, «César»?

El perro estaba sentado al lado de la mesa. Abrió la boca y emitió un alegre ladrido.

—¿Ve usted, señor Jansson? «César» lo sabía ya desde el primer día —dijo Marco riendo.

—Eso significa que soy menos inteligente que un perro — refunfuñó Jansson. Luego emitió una amplia sonrisa—: Concedido, un mes de luna de miel y tres más para el primer circuito. ¿De acuerdo, muchachos?

—De acuerdo —contestaron Marco y Aurora a dúo.

Luego, entrelazaban las manos a través de la mesa.

FIN

Próximo número:

H O M B R E - 5
Louis G. Milk

Los hombres morían asesinados
y nadie conocía al asesino.
Sólo un hombre audaz consiguió
llegar hasta el «HOMBRE-5»,
y su horror no tuvo
límites.

BOLSILIBROS TORAY

OESTE



ARIZONA
Publicación quincenal. 9 ptas.



HURACÁN
Publicación quincenal. 9 ptas.



RUTAS DEL OESTE
Publicación quincenal. 9 ptas.



SIOUX
Publicación quincenal. 9 ptas.



SEIS TIROS
Publicación quincenal. 9 ptas.



ESPUELA
Publicación quincenal. 9 ptas.



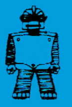
BEST-SELLERS DEL OESTE Los mejores "westerns" americanos.
Precio: 20 ptas. Publicación quincenal.

GUERRA

HAZAÑAS BÉLICAS Publicación quincenal. 9 ptas.



ANTICIPACIÓN



CIENCIA FICCIÓN
Publicación quincenal. 9 ptas.



ESPACIO
Publicación quincenal. 9 ptas.

ESPIONAJE



Aventuras de dos extraordinarios espías.
9 ptas. Publicación quincenal.



Una selección de autores franceses.
Precio: 30 ptas. Publicación mensual.

POLICÍACO

HURÓN Los maestros europeos de hoy en narraciones de intriga, crímenes, suspense... Precio: 50 ptas. Publicación quincenal.